

VII Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Pedro de Atacama, 2010.

Entre los paisajes experimentados.

Margarida do Amaral Silva.

Cita:

Margarida do Amaral Silva (2010). *Entre los paisajes experimentados. VII Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Pedro de Atacama.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vii.congreso.chileno.de.antropologia/45>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eYYc/ucs>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Entre los paisajes experimentados

Margarida do Amaral Silva¹¹⁸

RESUMEN

Este estudio aprecia el acto de tornar etnográficamente un paisaje, hecho éste que articula simultáneamente la experienciación, la comprensión y la explicación, todas encubiertas por un proceso amplio de producción del conocimiento: la escrita de los paisajes de la vida. Con foco para la etnografía del paisaje, el que se tiene en este contexto son observaciones sobre la producción simbólica de narrativas antropológicas situadas a partir de escenarios sociales activos. Derivado de la experiencia humana por la fluidez de sus percepciones, el paisaje posicionado por la etnografía debe de ser contemplado más allá de un supuesto empeño de mensurar las fronteras del espacio físico. Hay que considerar que existe un punto de convergencia discursivo situado en medio de las posibilidades de registro de la vertiente cultural del lugar.

Palabras claves: Etnografía del paisaje – experiencia narrativa.

ABSTRACT

This study assesses the act of taking an ethnographic landscape, a fact that articulates both experiencing, understanding and explanation, all obscured by a broad process of knowledge production: the writing of the landscapes of life. With a focus for the ethnography of landscape, which has in this context are observations on the symbolic production of anthropological narratives located from active social settings. Arising from human experience by the fluidity of their perceptions, the landscape positioned ethnography should be considered beyond a supposed commitment to measure the boundaries of physical space. One must consider that there is a convergence point located in the midst of discursive possibilities of the cultural record of the place.

Key words: Ethnography of the landscape – narrative experience.

Introducción

Los significados conocidos a los lugares revelan vínculos, en general de carácter simbólico y afectivo, lo que hace que la contemplación de los mismos genere posibilidades exclusivamente personales (o grupales) de experienciación y de comunicación de imágenes. En la perspectiva de una retención de la manifestación fenoménica por el mirar, son

¹¹⁸ UFG. Universidade Federal de Goiás. Pró-Reitoria de Investigación y Pós-Graduação - Edificio Rectorado - Planta Baja, Campus Samambaia, Caixa Postal 131, Goiânia, Goiás, CEP-74001-970, BRASIL. E-mail: m.amaral.amaral@gmail.com

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

constituídas las escenas, las cuales quedan confinadas en narrativas, con fin de proporcionar múltiples sentidos a los caminos humanos en medio de los ambientes de cultura.

Incluso las transformaciones de los paisajes pueden ser asociadas a cambios vividos por los seres humanos. Se trata de un vínculo del ser con fenómenos absolutamente interpretables, relación tal que se presenta como un modelo de permuta para la continuidad de la percepción. Es a través de una compleja red de significados y de imágenes despegadas en paisajes internos y externos, que individuos y grupos son envueltos en modos específicos de interacción.

Al entender que los paisajes son fenómenos culturales dinámicos, que se encuentran experimentando variadas conversiones de sentidos (con)textualizados, pasa a valer el entendimiento de que el humano configura -como acción de figurar junto a algo- el paisaje como lugar de pertenencia. De esta apreciación de la imagen fluida, portadora de una dinámica particular, es que la experiencia humana se convierte como el propio espacio y el tiempo resultante de la integración de personas en el mundo, a partir del cual se construyen visiones y versiones sobre nuestros lugares y los lugares de los otros.

Del entrelazamiento configurativo del humano con el paisaje, se presentan incluso diversas posibilidades de lectura de las atribuciones de sentidos conferidas al lugar experimentado porque, sobre todo, pueden existir múltiples formas de comprensión para lo vivido y lo comunicado en la práctica discursiva. En este sentido, se torna nítido que discusiones deben ser promovidas junto con las referencias de paisaje, de modo que el debruzar sobre las mismas sea a partir de los fenómenos de la cultura.

Y eso se debe al hecho de que, en la estructura situacional de los (con)textos, que se materializan incluso como registros narrativos practicados a la luz de dichos fenómenos -a ejemplo tanto de los delineamientos expuestos por el trabajo antropológico, cuanto por procedimientos de producción literaria, pictórica, iconográfica y del emprendimiento historiográfico-, se torna posible encontrar algunos sentidos del ritmo cultural de personas situadas en el dentro-fuera de las descripciones de paisaje de vida. Es un hecho que el tratar con paisajes se refiere a una tentativa de aclamar perspectivas discursivas que reflejan algo fluctuante, con respecto de las interacciones interdisciplinarias relacionadas a elementos que, al mismo tiempo, representan y son parte de escenarios activos.

De este modo, hay que tomar como punto de partida algunas consideraciones, sean sobre los modos de se construir textos a partir de experiencias de campo, o sean sobre el arte de componer enredos tenidos como literarios, pictóricos, iconográficos o historiográficos. Al fin y al cabo, todos estos procedimientos técnicos de composición textual siempre serán resultantes de situaciones dispuestas en un escenario geo-sociocultural percibido o imaginado; y eso demuestra que ninguna construcción discursiva es mero juego de palabras, totalmente desprovisto de inclinaciones políticas.

A través de apreciaciones de esta naturaleza, lo que se almeja en este contexto, aunque de modo raso, es inferir sobre la producción de sentidos “conexos” por escenas inmersas en la escritura. Obviamente, sin embargo, que las medidas usadas para se entender, dentro de las

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

narrativas, la proporción para uso del concepto de naturaleza y sociedad continúan propensas a un amplio campo semántico, inagotablemente ponderable y discutible. Sin embargo, de algún modo es digno de consideración el hecho de que cualquier experiencia narrada no es únicamente resultante de la experienciación de un paisaje en la cual la sociedad resulta de la “oferta natural” de suelo, clima, vegetación, altitud. En este caso, se percibe en el laberinto de proyecciones dispuestas en este estudio que la práctica y la composición de paisajes siempre se hacen a través de un conjunto de dispositivos que son, al mismo tiempo, políticos, sociales, ambientales y culturales, y que también se encuentran contextualizados en territorios (in)materiales específicos.

A causa de este universo de afirmaciones y contestaciones, se nota, en particular en este estudio, que incluso el uso ilustrativo del estudio etnográfico goza de discusiones acerca de los diferentes aspectos geoambientales y socioculturales que expresan las relaciones existentes entre individuo-sociedad y en un territorio topográficamente definido. Como una especie de direccionamiento por problematizaciones, el que se tiene aquí son apreciaciones subordinadas tanto a una pequeña parte de la red de fenómenos de cultura que fueran experimentados y comunicados por enredos clásicos de la antropología, cuanto a las reflexiones sobre el oficio etnográfico como soporte de narrativas. Es por eso que, en última instancia, deben destacarse consideraciones sobre la experimentación de los campos teórico-conceptuales relacionados con el paisaje. De hecho, se puede decir todavía que dicha construcción interpretativa, más precisamente, almeja poner en marcha la apertura de caminos para reevaluar aquella dada imagen transformada en paisaje de vida, la cual es reproducida incesantemente como siendo la más común configuración descriptiva prolongada a los lugares humanos.

Experienciar y comunicar

Algunos trabajos emprendidos por antropólogos, los cuales se destacan por relatos en obras referenciadas como clásicas, en general, exponen la investigación etnográfica como actividad con una cultura y sus interlocutores, siendo que ambos ya fueran vistos incluso como “sombrosos de magos”. Al utilizar dicha expresión, DaMatta (1978: 32) asumió que, por el ejercicio etnográfico, “se tira alguna cosa (una regla) que tiene sentido en un día, en el otro, únicamente se consigue cintas coloridas de bajo valor”.

Eso eventualmente queda manifestado cuando son contemplados esbozos del poder de traducción que el contenido de los sombreros -inseridas principalmente en paisajes narradas¹¹⁹ en los contextos etnográficos clásicos- puede revelar. Se destaca que, en gran parte del compendio de escritura etnográfica que fue producido, lo que se tiene es que el trabajo de los antropólogos está, del principio al fin, inmerso en las dimensiones de la escritura, traductoras de la realización de una experiencia espacio-temporal¹²⁰ de forma (con)textual o narrativa.

¹¹⁹ Este estudio está subsidiado por la reflexión de “paisajes” y “narrativas”, ambos términos tratados más específicamente durante los dos primeros capítulos discursivos.

¹²⁰ Por la amplitud semántica conferida a las palabras “espacio” y “tiempo”, opto en la mayor parte de las veces por el uso del binomio “espacio-tiempo”, de modo a expandir las condiciones de reasignación analítica de los posibles significados de cada uno de ellos. Pero, la explicación de las dos palabras como sustantivo

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Es necesario repensar, sin embargo, que la investigación etnográfica, sea con observación participante o con el uso de interlocutores (fuentes narrativas orales o documentales), siempre derivó a quien se propuso etnografiar un papel que es demasiado extenso y profundo. En relación a los datos, todavía hoy se espera del investigador que él los pueda recortar, conducirlos por teorías corrientes, porque se antevé una convergencia entre un intensivo trabajo de campo y la organización del discurso etnográfico.

De algunos apuntes iniciales de DaMatta (1978), el oficio etnográfico está intrínsecamente relacionado a los datos que “caen del cielo como gotas de lluvia”. Pero, es por ponderaciones de Marcus y Ficher (1986: 121) que queda mayormente destacado el hecho de que, como colección de gotas de lluvia, “la etnografía es el proceso en el cual el antropólogo observa de cerca, graba y participa de la vida cotidiana de otra cultura, y después escribe explicaciones de esta cultura, enfatizando el detalle descriptivo”.

Efectivamente, el texto antropológico es clasificado como etnografía, pues tiende a exponer aspectos descriptivos de una realidad, por la interpretación (como versión, comentario o presentación) de los hechos culturales observados. Y, de modo usual, la identidad del trabajo antropológico ha sido establecida a través de enfoques metodológicos específicos, empleados en la composición etnográfica. La recolección de datos *in locu*, por ejemplo, direcciona a algunos investigadores, a más de un siglo, a construir diversos supuestos a través del trabajo de emprender, después de la experienciación, una especie de comunicación por la escritura de vidas.

El antropólogo, en este camino, se depara con el poder de la sustancialidad factual de tiempos y de espacios y con la idea persuasiva del convencimiento a se emprendido por su experiencia narrada. El ir a los lugares¹²¹, volviendo con informaciones y convenciendo, de cierto modo, de que “estuvieran allí” y que “volvieron de allí” resulta, como ya destacó Geertz (2002), en la penetración de los antropólogos en paisajes de vida de modo convencionalizado a la experienciación literal.

Para Clifford (1998), la reflexión sobre la representación sociocultural notablemente hace con que el trabajo de campo etnográfico permanezca, en general, como un método con sus bases fundadas en lo sensible. Y estando inserido en el espacio como lugar practicado¹²²,

compuesto también está sostenida por concepciones Nuer, expresadas por la escrita etnográfica de Evans-Pritchard (1940, 2007: 107), la cual se le que “los conceptos de espacio y de tiempo son determinados por el ambiente físico, pero los valores que ellos encarnan constituyen únicamente una de las muchas posibles respuestas a este ambiente y dependen también de principios estructurales, que pertenecen a un orden diferente de la realidad”.

¹²¹ El “espacio” y el “lugar”, en este estudio, son inseparables porque ambos se conforman como fenómenos humanos, según escribió Tuan (1983). Por lo tanto, desempeñan un importante papel en la conformación y en la enunciación de paisajes.

¹²² Para Certeau (2009) existe una distinción entre “espacio” y “lugar”. En este sentido, el lugar es la orden de distribución, que indica una posición propia, distinta y definida. Sin embargo, el “espacio, de modo complementario, es el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circundan, lo temporalizan y lo llevan a funcionar en unidad con programas conflictuales o de proximidades contractuales. De esta forma, el espacio sería para el lugar como la palabra hablada, es decir, cambiada en un termo que depende de múltiples

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

por lo que apuntó Certeau (2009), la propia lectura del espacio producido por la práctica ordenada del lugar pasa a constituir un sistema de signos -un escrito- por medio del cual se percibe la distribución de elementos en las relaciones de coexistencia, con una configuración instantánea de posiciones suponiendo estabilidad.

De esta forma, el oficio de la traducción obliga al etnógrafo, física e intelectualmente, a practicar experiencias del espacio, por construcción de ajustes y desajustes de expectativas personales y culturales. Incluso existiendo la idea del trabajo de campo como un mito, raramente la experiencia real y espacio-temporal, cercada como es por contingencias, sobrevive a este ideal¹²³. Frente a esto, se torna importante reiterar que los estilos de descripción cultural son históricamente limitados y, todavía hoy, se encuentran viviendo importantes metamorfosis.

Como dice Peirano (1992: 131), “los lectores de etnografías están acostumbrados a la empatía que todo antropólogo manifiesta en relación a su ‘su’ grupo, ‘su’ tribu, ‘su’ comunidad, sean ellos pacíficos pescadores de la Melanesia, o cazadores de cabezas de las Filipinas”. De esta forma, amparada por la discusión sobre el encuentro etnográfico y el diálogo teórico, esta autora todavía propone que, “más allá de asegurar la autoridad y el derecho como intérprete dentro del medio académico, dichas informaciones reflejen también el resultado de la relación existencial [...] que se desarrolla durante la investigación de campo”.

Es interesante hacer surgir, todavía por Peirano (1992: 143), que la problemática de la auto-reflexión puede ser comprendida como el propio contexto del encuentro etnográfico en sí mismo. El que se tiene en mente, casi siempre, “son instancias del discurso desarrolladas a partir de tres elementos básicos: el antropólogo, el informante (o el acervo archivístico¹²⁴) y el lector, que forman el contexto de la auto-reflexión”. Por eso, el antropólogo siempre participa de una doble confrontación, en la cual hay, de un lado la comunidad académica y de otro lado el objeto-parte de su sociedad. La tensión política e intelectual de una vez por todas pasa por la narrativa de vidas a través de paisajes, apuntadas por veces como textos en que las generaciones efectúan sus registros.

El carácter narrativo, además, no disocia el trabajo antropológico del emprendimiento de un proyecto de experienciación *in locu*. De este empeño, muchas veces, nacen las alegorías que conceden atención al carácter narrativo de las representaciones culturales y a las históricas embutidas en el propio proceso de representación. Para Clifford (1998: 65), este hecho hace con que la producción alegórica sea más de que la histórica, la fábula y la parábola usada para enseñar o explicar: “ella es una representación que ‘interpreta’ a sí

convenciones. Diferentemente del lugar, el espacio para Certeau no posee unicidad y tampoco estabilidad, por eso para él la práctica del lugar es lo que produce el espacio como cruce de mobles y operaciones.

¹²³ Sobre el dilema de la exigencia al antropólogo de la realización del “trabajo de campo”, Giombelli (2002) propone una relectura de esta idea para actualizar principios puestos en momentos anteriores a la asignatura, pues, para él, permanecer fiel a Malinowski no impide la producción de otras lecturas sobre la cuestión.

¹²⁴ La relación de los antropólogos con los archivos es reciente. Pero ahora se puede afirmar que el campo también pasó a ser el archivo.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

misma”.¹²⁵ La descripción cultural pasa a ser un relato etnográfico coherente, aunque se encuentre delante de la construcción figurada del otro.

En la etnografía, la contestación de la autoridad representacional coincide con un periodo de revaluación política y epistemológica. Al fin y al cabo, la cultura como texto y la antropología como interpretación -al envolver estructura como subjetividad, dimensiones de poder, discursos y paisajes-, suscita indagaciones sobre el pensar y la investigación etnográfica, encarando problemáticamente la tarea del antropólogo “de carne y hueso”, que se reviste tanto de investigador cuanto de autor (traductor) de vidas y de hechos.

Como dice Silva (2000: 117-119), en el modelo clásico de etnografía, la observación participante surgió como condición para la realización de un trabajo genuinamente científico -por una “técnica de investigación”-, recientemente se puede cuestionar el cuanto “la experiencia de la alteridad podría ser mejor comprendida se esta ‘técnica’ fuese pensada también como un objeto del saber antropológico, y no únicamente como una condición de construcción de las etnografías”. Para este autor, es necesario exponer que, casi siempre, el texto etnográfico es una reducción de las inúmeras posibilidades de interpretación de campo y del difícil ejercicio de alteridad realizado entre el antropólogo y sus interlocutores. La supuesta adecuación o transformación de la realidad inscrita, descrita, interpretada, comprendida o explicada, deja nítido que “en el pasaje del trabajo de campo para la elaboración el discurso científico, el antropólogo percibe que experimentar y observar acciones es diferente de construir un texto etnográfico considerando acciones y diálogos”.

Por estar llena de paradojas, de algún modo la escritura etnográfica -con parcial énfasis al contenido de obras clásicas- puede suscitar nuevas visitas a los paisajes concebidos en sentido material e inmaterial en el contexto de los grupos y que, casi siempre, cayeron del cielo como gotas de lluvia. Pero, no se desconsidera aquí la observación de Clifford (1998) sobre el trabajo etnográfico poder abarcar un carácter alegórico, tanto en el nivel de su contenido (lo que él dice sobre las cultura y sus historias) cuanto en lo de su forma (las implicaciones de su modo de contextualización).¹²⁶ Este “eso que representa aquello” implica, en este contexto, en la afirmación de que, de los escritos clásicos hasta hoy, la etnografía es una imposición explícita de los demás significados colectivos vinculados a una experiencia particular sensible, delimitada por un espacio-tiempo complejo, en el cual se mezclan naturaleza y cultura, objetividades y subjetividades, el humano y los paisajes, según diferentes definiciones alteradas por el local de habla.

¹²⁵ Es necesario tomar en consideración que para Benjamin (1984), a partir de la apreciación de la obra *Simbólica y Mitología de Pueblos Antiguos* de Friedrich Creuzer, la “alegoría” es entendida como sucesiva y como una progresión en una secuencia de momentos, al contrario del carácter instantáneo del símbolo que es una totalidad momentánea. De este punto de vista, el símbolo es, y la alegoría significa, siendo por eso la alegoría criticada en razón de su historicidad y de su carácter arbitrario. Gagnebin (1994) presupuso que la alegoría para Benjamin se torna la figura privilegiada de un remolino que, al fin, camina hasta destruirse a sí mismo o, entonces, salvarse, por la traición de su más profunda tendencia.

¹²⁶ El uso de los términos “alegórico” y “alegoría”, en este contexto, también tiene subsidio en colocaciones asentada por Geertz (2002), entendiéndose que, en la lectura de textos antropológicos, debemos concentrar nuestras miradas a las manera como son enunciadas las afirmaciones, atentando para cosas como imágenes, las metáforas, la fraseología o la voz, que lleva al relativismo corrosivo, en el cual todo no pasa de una expresión más o menos sagaz de opiniones, lo que torna la etnografía un mero juego de palabras.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

De acuerdo con la propuesta inicial de Geertz (1989: 10), “el objetivo de la antropología es el alargamiento del universo del discurso humano”. Por esta dirección, “como sistemas enredados de signos interpretables (los símbolos) la cultura es un contexto, algo dentro del cual ellos pueden ser descritos de forma inteligible es decir, descritos con intensidad”. Sin embargo, es importante decir que la interpretación antropológica resulta, sobre todo, de una propuesta narrativa respecto de las formulaciones de los sistemas de diversos grupos. Por dicha vertiente, los textos antropológicos siempre serán interpretación misma, de segunda y de tercera mano.

Lo cierto es que se tornó común que exista duda sobre la naturaleza de las respuestas que son dadas por las cosas vistas, oídas y sentidas, y que se hacen inmersas en la narrativa etnográfica. Entre la visión de los otros, la realidad y de su propia experiencia, sea la literatura emprendida por clásicos, a ejemplo de Malinowski (1922, 1978), Boas (1940, 2004), Evans-Pritchard (1940, 2007) y Lévi-Strauss (1955, 2005), o en las propias narrativas antropológicas de una obra reconocida en una supuesta actualidad, se puede componer un universo de observación en el cual el trabajo basado en la etnografía también configura la escritura como representación de la diversidad de los espacios.

Sin embargo, esta delineación reflexiva requiere problematización sobre las relaciones constituidas entre sujeto y objeto (o entre humanos, lugares, tiempos y cosas), a través del estudio sobre el modo como dichas relaciones se opera, principalmente por medio del poder se los símbolos¹²⁷, los cuales producen efectos concretos en ambas instancias. Es por eso que el enfoque dado a continuación -incluso para la observación rasa de algunos enredos etnográficos clásicos bajo otro ángulo-, puede reajustar el mirar a la notoria presencia del antropólogo a partir de un campo de paisaje a margen del universo de sentidos geo-socio-históricos, los cuales se encuentran reasignados en narrativas posicionadas entre aquel que etnografió y el otro etnografiado.

Entiéndase que el ejercicio de una dicha autoridad etnográfica tiene presupuesta la demarcación por líneas de periodos, lugares, personar, instituciones, que entraran (o no) en destaque en una escrita particular que se propone a aludir, a tranponer o a elaborar el paisaje, tanto expresada bajo diferentes formas -literaria, artística y también científica-, cuanto tomada por diferentes nombres -la curiosidad, la convención, la institución, el símbolo, la fisionomía, la presencia. Por otra parte, como propone Besse (2006:7), la experiencia vívida se hace menos direccionada al paisaje y puesta aun más a partir de ella, “así como por las diversas representaciones artísticas, científicas o espirituales de las cuales ella es objeto”. En otras palabras, es posible decir que la actividad etnográfica presta referencia al paisaje y también la compone y la transpone no únicamente como narrativa del conjunto de relaciones entre el humano y los objetos presentes en un determinado lugar;

¹²⁷ Los “símbolos” son tomados aquí como sistemas, como estructuras estructurantes y estructuradas y como instrumentos de dominación, una vez que, según Bourdieu (2004), los símbolos son portadores de un poder invisible, ejercido con la complicidad de aquellos que no quieren saber que le son sujetos o mismo que lo ejercen. Y, por lo tanto, la destrucción de este poder de imposición simbólico radicado en el desconocimiento supone la toma de conciencia de lo arbitrario, es decir, la revelación de la verdad objetiva y el aniquilamiento de la creencia.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

ella es todavía la convergencia de percepciones subjetivas sobre objetos y relaciones como siendo significativos y demarcadores, socio-históricamente.

Paisajes de clásicos: el antropólogo como peregrino y como cartógrafo

El estar en determinada época o en determinado lugar, especialmente en las narrativas de obras clásicas de la antropología, siempre sugirió la elección de un escenario a través del cual se destacaba el mirar y el trabajo de narrar, en simultáneo. El planeamiento de investigación, aunque siendo de carácter relativo y pasible de reconsideraciones, seguía casi siempre los mismos ritos de pasaje. Para diversos antropólogos, dichos ritos, fases o planes fundamentales de la investigación poseían un recorte paradigmático. DaMatta (1978), por ejemplo, puntuó que de la etapa teórico-intelectual -marcada por el divorcio entre el investigador y el grupo, y la mediación teórica por libros, artículos, ensayos-, se tenía vistas para el periodo práctico -la antevíspera de la investigación en la cual hay una especie de relativización de la propia experiencia. Es únicamente por último que surgía la fase personal y existencial -que trata de las lecciones que se debe extraer de su propio caso, por una cierta visión de conjunto, difícilmente simétrico, a partir del oficio que se hacía globalizador, integrador y contextualizado en un espacio-tiempo previamente recortado.

Como resaltó Clifford (1998), en la antropología naciente hubo el etnógrafo competente y con experiencia, el moderno explorador antropológico, el trabajador de campo especializado, el cronista y portavoz de algunos miles de “salvajes” casi desnudos e incluso el testigo ocular. Pero era lo tornar el relato fidedigno que colocaba el etnógrafo más preocupado con el alcance de su sensibilidad, que necesariamente con su capacidad de análisis o con su código social. En la narrativa clásica, en particular, el etnógrafo está consciente de lo difícil que es mapear su vagar con “el salvaje esencial entre las vides” y, al mismo tiempo, registrar una realidad social bien demarcada y regida por leyes.

Por cierto ésta fue la clásica formulación, detectada por Clifford (1998: 110-111), de la “oscilación entre el antropólogo como peregrino y el antropólogo como cartógrafo”. Incluso, esta observación viene de encuentro de lo que destacó Benjamin (1983: 63), cuando relacionó “la tendencia de los narradores de empezar su historia con la presentación de las circunstancias en que ellos mismos tomaran conocimiento de lo que se sigue, cuando no las dan pura y simplemente como experiencia personal”. Es así que de múltiples formas o vertientes, se ve que el autor “aflora su marca en la cosa narrada, si no como quien vivencia, por lo menos como quien relata”. Surge aquí, a través de las observaciones de Benjamin sobre la obra de Leskow¹²⁸, la idea que resguarda en parte este estudio sobre paisajes narrados, por medio de la cual la descripción etnográfica es posicionada tanto como un trabajo artesanal de comunicación, cuanto como un arte para continuar contando o, simplemente, un trabajo de artesanos.

¹²⁸ Para Benjamin (1983), Nikolai Leskow (nacido en 1831 en la Provincia de Orjol) tiene una producción que muestra ciertas afinidades con Tolstói, por sus intereses y simpatías en relación a los campesinos, y con Dostoiévski, por su orientación religiosa. La importancia de la obra de Leskow reside en las narrativas que pertenecen a una fase posterior de su producción. De su fuente bebieron inúmeros narradores, pues, entre los que escribieron historias, los grandes son aquellos cuya escritura menos se distingue del discurso de inúmeros narradores anónimos.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Por este punto de vista, ya en los primeros enredos etnográficos, se percibe que los narradores de vidas fueron individuos que, especialmente por el contacto con diferentes culturas de su tiempo, fueran capaces de conceder registros e informaciones a través de diferentes paisajes. Sin embargo, muchos todavía hoy visualizan que dichos paisajes narrados, de forma recurrente, eran entendidos o compuestos dentro de un vasto agregado de elementos naturales, dentro del cual co-existían hombres con sus cosas y sus patrones de cultura. En algunos casos más extremos, se acredita que en la antropología clásica únicamente se ejercitaba la idea de cultura separada de la naturaleza, de modo que el antropólogo construía sus narrativas distanciando su foco interpretativo del hecho de que los paisajes son necesariamente manifestaciones culturales.

En parte, eso de destaca cuando el actual empeño etnográfico en experimentar y comunicar el modo de vida de personas específicas, en lugares y tiempos que recibieron marcadores simbólicos, pone en descubierto que las etnografías clásicas comúnmente son ilustraciones básicas para direccionar el emprendimiento de narrativas de vidas todavía hoy. De esta forma, se nota la necesidad de vislumbrar, como expuso Peirano (1992: 134), el hecho de que “la manera como se hace etnografía/investigación de campo está íntimamente ligada a la forma como se escribe, o mejor, se *construye* etnografías como textos”.

Sin embargo, por una vía complementaria, es posible asumir, como lo hace Clifford (1998), que la constitución de objetos culturales se torna una configuración que únicamente tiene sentido a partir de algunas formas de lectura. Por otra parte, en gran medida es eso a lo que este estudio se propone apuntar: que las obras clásicas recuerdan que la producción simbólica de los paisajes de culturas -por un trabajo que también es literario- nunca estuvo ausente de la antropología. La dimensión contemplativa e imaginativa de la sociedad como paisaje siempre fue un recurso etnográfico, y no solo una cuestión de estilo.

Se cree, hace mucho, que la investigación etnográfica clásica parece proponer el paisaje continuamente confrontado con un esencialismo que lo transforma en un dato natural. Según Cauquelin (2007), por veces se ve que existe algo como una creencia común en una naturalidad del paisaje, creencia bien arraigada y de difícil erradicación, incluso siendo ella permanentemente desmentida por innumerables prácticas.

Por este enfoque, cabe presentar que Merleau-Ponty (1979: 327) llegó a distinguir el espacio geométrico (espacialidad homogénea) de otra espacialidad que denominó de “espacio antropológico”. Lo que se tenía en mente era separar la supuesta univocidad geométrica de la experiencia de un “fuera”, para el cual hay el espacio existencial y la existencia espacial. De acuerdo con este autor, se procuraba expresar la estructura esencial de nuestro ser como ser en relación con un medio, de modo que, “existen tantos espacios cuantas experiencias espaciales distintas”.

Y partiendo de esta perspectiva de una fenomenología del existir en el mundo, Certeau (2009: 185) presupone que los relatos efectúan un trabajo que se extiende desde “la implementación de un orden inmóvil (donde nada se mueve salvo el propio discurso que, en una especie de *travelling*, viaja por el panorama) hasta la progresividad acelerada de las

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

acciones multiplicadoras de espacios (como en el romance circunscrito por el lugar textual)”. De este punto de vista se antevió que, a través de los relatos, son identificados los lugares y son efectuados los espacios. En otras palabras, por este paradigma en la verdad se percibe que la descripción oscila entre los términos de una alternativa: “o *ver* (es un conocimiento del orden de los lugares), o *ir* (son acciones espacializantes), donde se presentará un *cuadro* (existente) o se organizará *movimientos* (usted entra, atraviesa, retorna)” (p.186, grifos del autor).

Frente a dichos supuestos, es notoria la necesidad de reconsiderar que la tarea etnográfica siempre estuvo situada para más allá de los llamados ejes metodológicos, escuelas o vertientes -asumidos por muchos como campos a partir de los cuales se hacia la construcción y la “presentación” de los discursos antropológicos. El oficio etnográfico superó en teso la esencialización de métodos y datos, que pasaron a ser productos de culturas que se transformaron en el espacio-tiempo, una vez que ellos nunca fueran estanques.

De hecho, es necesario conceder foco aquí incluso al modo como se ha hecho la lectura de la escritura antropológica, por la vía reflexiva de los textos considerados clásicos, los cuales son ilustrativos de lo que Geertz (2002) denominó “un trabajo de imaginación”. Se procura sistematizar, en este contexto, una concisa apreciación de paisajes expuestos en narrativas clásicas, en gran medida asociadas a la idea de que éstas representan una forma de experimentar y de comunicar un determinado espacio antropológico, lo cual no ignoró totalmente el fenómeno cultural *paisaje*.

Es bueno destacar que algunas obras con construcción etnográfica, aunque no sean recientes, reúnen eventualmente la investigación de campo junto a elección del objeto, así como la construcción del texto y del papel desempeñado por el lector. Como cita Oliveira (2006: 26), siempre será relevante examinar que “la textualización de la cultura, o de nuestras observaciones sobre ella, es un emprendimiento demasiado complejo”. Entonces, sea como etnografía, o como sociografía, la construcción de un discurso jamás deja de ser un trabajo político, moral e epistemológicamente delicado.

Por eso, el paisaje experimentado y comunicado puede ser revisto como un fundamento narrativo usado, únicamente en principio, para presentar el perfil geopolítico y sociocultural de una región demarcada por medio de los aspectos asumidos por la presencia y por el saber-hacer humano, en tiempo y lugar demarcados. Se considera el paisaje de vidas -a veces todavía denominado paisaje cultural¹²⁹- como producto simbólico que ha sido vislumbrado etnológicamente, con enfoque para referencias relativas a la cultura local, segundo visiones o versiones narrativas del experienciador.

Siguiendo este enfoque, es necesario presentar que, enmarcado de experienciador y de comunicador, Bronislaw Malinowski llegó al público lector en el inicio del siglo XX con

¹²⁹ El paisaje como fenómeno complejo fue abordado por Silveira (2009: 71), que argumentó que la idea de paisaje es polisémica, encerrando innúmeros sentidos. Para él, no existe un paisaje que no sea cultural, por eso la expresión “paisaje cultural” es considerada una tautología, “en la medida en que todo y cualquier paisaje es un fenómeno de cultura”.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

la obra *Los Argonautas del Pacífico Occidental*. Es evidente que en la narrativa de Malinowski (1922, 1978:19) está proyectada la cuestión de el “estar allá”, de la forma más radical y más productiva: “Imagínese el lector sólo, rodeado por su equipo, en una playa tropical cercana a una aldea nativa, viendo la lancha o el barco que lo llevó distanciarse en el mar hasta desaparecer. [...] Usted nada tiene que hacer sino iniciar de inmediato su trabajo etnográfico”. Delante de tal relato expresado en un cuaderno de bitácora, lo que se tiene es que por narrativas de este autor, se torna innegable que fueron efectivamente perfeccionados una modalidad de investigación y un estilo de análisis¹³⁰, como se puede observar en este otro fragmento de tonalidad explicativa: “En la investigación de campo, el etnógrafo tiene el deber y la responsabilidad de establecer todas las leyes y regularidades que rigen la vida tribal, todo lo que es permanente y fijo; presentar la anatomía de la cultura y describir la constitución social” (Malinowski 1922, 1978: 24).

Para Clifford (1998), sin embargo, la producción de *Los Argonautas* se configura verdaderamente como la etnografía del “ajuste a los bárbaros” en forma de cuaderno de bitácora o de relato de campo. Pero, por otra vertiente, la etnografía de Malinowski (1922; 1978) también es un ejemplo por muchos tomado como siendo “la propia forma” de experienciación y de comunicación descriptiva de los paisajes de cultura, ejemplo éste que inclusive emplea un recurso metodológico que raramente se distanció de las medidas que sostienen los pilares centenarios del trabajo etnográfico:

Con raras excepciones, las poblaciones de las islas del sur del Pacífico son -o fueron, antes de su extinción- construidas de hábiles navegadores y comerciantes. Muchas de ellas produjeron excelentes variedades de canoas grandes para la navegación marítima, usadas en expediciones comerciales a lugares distantes o incursiones de guerra o conquistas. Los papua-melanesios, habitantes de la costa de las islas periféricas de la Nueva Guinea, no son excepciones a esta regla. Son todos, de manera general, navegadores valientes, artesanos laboriosos, comerciantes perspicaces. [...] Se encuentran, entre las varias tribus, formas bien definidas de comercio a lo largo de rutas comerciales específicas. [...] Este sistema de comercio, el Kula, es lo que me propongo describir en este volumen y como veremos a continuación, se trata de un fenómeno económico de considerable importancia teórica (17-18).

Está puesto que la experiencia etnográfica situada entre los argonautas del Pacífico, aunque rodeada como está de ambigüedades, atingió por peculiaridades del absorber y del escribir una elevación extraordinaria. Sin embargo, también fue generada la marca del trabajo de campo como contacto personal y la etnografía como relato fidedigno (en términos de diario), lo que todavía influencia muchas discusiones tanto sobre este yo privado para exposición pública, como acerca del propio método antropológico.

¹³⁰ Con la publicación en 1922, de *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, se procedió el que se puede llamar de “revolución en la literatura antropológica”, sobre todo, porque la popularidad de la obra descansó en una probable “nueva técnica” de comprensión de la cultura, especialmente cuando reformuló las bases para la observación directa o participante a través de la inmersión en campo con permanencia prolongada.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Se dice que ni siquiera la diversidad de sistematizaciones recibidas por la antropología, en un siglo, la distanció de la humanidad como compuesto de seres biológicos pensantes, productores de cultura y participantes de sociedades. Y el antropólogo, sea como peregrino o como cartógrafo, continua inserido en estos paisajes de sentidos, hechos de humanos en lugares inseparablemente físicos y sociales.

Es importante decir que el antropólogo ha sido el compositor de realidades complejas por la etnografía, las cuales son contempladas, en la mayor parte de las veces, por la traducción creativa de paisajes en palabras. En esta línea, es de destacar que Franz Boas¹³¹ puede ser efectivamente expuesto como ejemplar de artificie que, como comentó Stocking (2004), produjo una preocupación por los significados de los conjuntos culturales, como también con causalidad y la clasificación, la naturaleza de los conjuntos y de los elementos, y todavía con la relación de los métodos histórico y físico, lo que inicialmente tuvo consecuencias importantes para la antropología americana.

En Boas (2004: 87) se le que “no podemos comprender el significado de un artefacto singular si lo consideramos fuera de su ambiente, fuera del contexto de las otras invenciones del pueblo a que pertenece y fuera del contexto de los otros fenómenos que afectan este pueblo y sus producciones”. Su propuesta narrativa de experimentación y comunicación del paisaje, pautada en una forma de relativismo cultural (la cual sin dudas es portadora de múltiples bordes), deja en destaque que se debe estudiar el individuo etnológico en su historia y en su medio, siendo éste el significado importante del “área geográfica”. Este punto de vista puede ser observado en el fragmento del texto “El principio de la clasificación etnológica”, que es parte integrante de la obra intitulada *Antología Franz Boas - La formación de la antropología americana (19883-1911)*.

Mi visión de la antología es la que sigue: nuestra ciencia pretende comprender los fenómenos llamados etnológicos y antropológicos en su desarrollo histórico y en su distribución geográfica, bien como en sus fundamentos fisiológicos y psicológicos. [...] Los fenómenos etnológicos resultan de la naturaleza física y psíquica de los hombres y de su desarrollo bajo influencias del medio ambiente; por lo tanto, dos problemas deben de ser estudiados para lograr atingir resultados. El estudio preliminar es del medio; el objetivo final de las investigaciones es conocer las leyes y la historia del desarrollo del carácter fisiológico y psicológico de la humanidad. El “medio” son las condiciones físicas de la región y los fenómenos sociológico, es decir, la relación entre hombres (88-89).

Muy conocido por sus estudios con los Inuit (popularmente tratados como esquimales), Boas compuso una propuesta etnográfica que proponía, desde su prisma, el ir más allá del determinismo biológico y geográfico, superando inclusive la creencia en el evolucionismo cultural. Como crítico, este teórico apuntaba que cada cultura es una unidad integrada, fruto

¹³¹ Entre sus obras principales, se destacan: *The Mind of Primitive Man*, de 1911 (La Mente del Hombre Primitivo), *Primitive Art*, de 1927 (Arte Primitiva), y *Race, Language and Culture*, 1940 (Raza, Lenguaje y Cultura). En lengua portuguesa fue publicada la *Antologia Franz Boas - A formação da antropologia americana (1883-1911)*, organizada recientemente por Stocking, para lo presentar a través de 48 textos reunidos.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

de un desarrollo histórico peculiar. Enfatizó la independencia de los fenómenos culturales con relación a las condiciones geográficas y a los determinantes biológicos, afirmando que la dinámica de la cultura está en la interacción entre individuos y sociedad. Pero en verdad, Boas únicamente pasó a sostener paradigmas para la composición narrativa concebida por entre paisajes de vida.

Esto se torna nítido cuando se encamina por anotaciones del propio Boas (2004: 89), donde se le que únicamente “el estudio del ambiente actual es insuficiente: se deben considerar la historia del pueblo, la influencia de las regiones por las cuales pasó en sus migraciones y los pueblos con quien entró en contacto”. Es, por este encaminamiento, “los fenómenos pueden ser directamente levantados por un observador bien entrenado, o pueden ser rastreados con mayor o menor precisión por investigaciones históricas”. En otras palabras, Boas de cierto modo propone percibir la naturaleza y la cultura como fenómenos entrelazados a una totalidad imbuida de carácter histórico y de relaciones que los individuos experimentan con la espacialidad: era la percepción un tanto latente de que los significados de los lugares gozan de vínculos simbólicos y afectivos.

En este punto, es cierto explicar que el autor, especialmente en los campos del discurso antropológico, juntamente con sus grupos, sus historias, sus dioses y sus prácticas, siempre vivió la falta de nitidez en la naturaleza altamente situacional de la descripción etnográfica. Considera Geertz (2002: 16) que eso se debe al hecho de que un dato etnográfico en dicha época y lugar, con dichos informantes, dichos compromisos y dichas experiencias, representante de una dada cultura y miembro de una cierta clase, confiere al groso de lo que es dicho un carácter de tipo “es tomar o dejar”. El campo del sensible, de las impresiones y de la percepción, de una vez por todas, significa que lo visto, lo sentido y lo comunicado por la etnografía, se hacen de arena de reflexión y de cuestionamiento.

De este mismo ángulo, al leer el trabajo narrativo realizado en *Los Nuer*, por Edward Evan Evans-Pritchard (1940, 2007), gana destaque la necesidad de repensar la antropología como producción simbólica, principalmente, cuando es retomado el discurso practicado en los dominios de la etnografía.¹³² Se construye, se teje y se deconstruye situaciones, comportamientos, redes de significaciones, que pueden parecer reveladoras dentro de aquello conjunto de sociedad que fue edificado por la palabra del escritor de vidas. En los dominios etnográficos, el vínculo social está marcado por los enfoques realizados por representaciones, prácticas e imaginarios que forman una cultura como marco que reúne personas y la apropiación que es hecha de paisajes:

Los Nuer que llaman a si mismos de Nath, son aproximadamente doscientas mil almas que viven en los pantanos y sabanas planas que se extienden en ambos lados el Nilo, al sur de su unción con los Sobat y el Bahr el Ghazal, en ambos bordes de estas dos tribus. Son altos, de miembros largos y cabezas estrechas [...].

¹³² Destacado representante de la antropología británica, Evans-Pritchard realizó estudios en sociedades africanas (entre 1926 y 1936, vivió con los Azande y con los Nuer, y entre 1942 y 1944, con los Beduinos). Es autor de *Brujería, Magia y Oráculos entre los Azande* (1937), *Los Nuer* (1940, 1951; 1956; 2007), *Los Zanusi de Cyrenaica* (1949) y, en colaboración con M. Fortes, *Sistemas Políticos Africanos* (1940). La obra *Los Nuer*, en particular, es resultante de un estudio subsidiado por el gobierno de Sudão.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Culturalmente se semejan a los Dinka, y los dos pueblos forman una subdivisión del grupo nilota, que ocupa parte de una area de cultura del África Oriental [...]. Las instituciones políticas [...] no pueden ser comprendidas sin que se lleve en cuenta el medio ambiente y los medios de subsistencia. [...]. Describimos, en primer lugar, el inter-relacionamiento de segmentos territoriales dentro de un territorio, los sistemas políticos, y, después, el relacionamiento de otros sistemas sociales para aquel sistema. Lo que entendemos por estructura política se torna evidente en la medida en que avanzamos [...], que nos referimos a los relacionamientos, dentro de un sistema territorial, entre grupos de personas que viven en áreas bien definidas espacialmente y que son conscientes de su identidad y exclusividad (7-10).

Considerado como uno de los autores estilísticamente más homogéneos que se ha visto en el mundo, Evans-Pritchard no dejó de tener sus relatos revisitados a partir del desdoblamiento de “una mentalidad colonialista”. Aunque su etnografía sea vista por Geertz (2002) como una forma de aprender el exótico, transformándolo en figuras de una urna africana, la estrategia de construcción del texto de Evans-Pritchard (1940, 2007: 21-23) tiene por objetivo retirar el desconcierto de ideas, sentimiento, prácticas y valores aparentemente bizarros, mediante el encuadramiento en representaciones culturales con ordenaciones universales: “entre los Azande fue obligado a vivir fuera de la comunidad; entre los Nuer, fue forzado a ser miembro de ella. Los Azande me trataran como un ser superior; los Nuer, como un igual”. Validando el tipo de vida del etnógrafo y de los que son sus objetos de estudio, la escritura de *Los Nuer* tornó la experienciación y la comunicación del paisaje adecuadas a las categorías culturales de la comunidad occidental: “Un pueblo cuya cultura material es tan simple cuanto la de los Nuer depende grandemente del medio ambiente”. Para Geertz (2002: 96), las manos seguras y directas de Evans-Pritchard, “los varios tipos de nilotas fueran retratados no como Otro, sino como de otro estilo (bien sensatos, cuando se llega a conocerlos, pero teniendo su propia manera de hacer las cosas)”.

En la estructura situacional del texto retratado en *Los Nuer*, es posible encontrar el sentido del ritual cultural de las gentes, en especial, en los paisajes inseridos en estudios de casos, con perspectiva discursiva flotante con respecto de las interacciones entre personas y territorios. Y el construir textos a partir de experiencias de campo, es lo que sitúa el escenario topográfico y sociocultural para más allá de una etnografía que sería mero juego de palabras. También en la etnografía de Evans-Pritchard (1940; 2007: 107), se entiende que fue deseada la producción de sentidos conexos por escenarios experienciados y comunicados en la escritura: “Tornamos a examinar nuestra descripción del interés de los Nuer por el ganado y la descripción de su ecología, y haremos un relato de su estructura política. Las limitaciones ecológicas y otras influyen sus relaciones sociales”.

Lo que queda expuesto es que, también en el tono de la etnología, los datos que compone un campo, en lo cual se integran naturaleza y sociedades, son representados en un universo cultural heterogéneo. Obviamente, sin embargo, las medidas usadas para expandir, dentro de la escritura etnográfica, la proporción para el uso conceptual de naturaleza y sociedad continua propenso a un amplio campo discursivo, todavía completamente ponderable y discutible debido a las conexiones esencialistas que ambos termos pueden evocar.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Eso se torna aun más nítido al retomar complementariamente el ejemplo etnográfico de *Tristes Trópicos*, por la narrativa de Claude Lévi-Strauss¹³³, porque así diferenciándose, como los demás, como el fundador de un tipo particular de discursividad. Por hacer sobresalir el carácter literario de su narrativa Lévi-Strauss (1955, 2005: 103) también posee el texto antropológico característico del “estar allá”: “En Sao Paulo, podíamos dedicarnos a la etnología de domingo. [...]. Y la curiosidad etnológica más cercana consistía en una aldea primitiva cuya población vestida de trapos traía por sus pelos rubios y sus ojos azules un origen germánico reciente”.

Se torna innegable, aunque parezca discutible, que el hábitat etnografado por Lévi-Strauss (1955, 2005) tampoco fue resultante únicamente de la experienciación de un paisaje en el cual la sociedad es absolutamente resultante de la “oferta natural” de suelo, clima y vegetación. Por otro lado, es en un enmarañado de enredos de obras como *Tristes Trópicos* que se percibe que la antropología siempre estuvo empeñada (pese a sus vertientes y de las particularidades teórico-metodológicas de cada una de ellas) en recomponer, transponer o releer paisajes socioculturales como un conjunto de dispositivos políticos, sociales y culturales, contextualizados en territorios específicos:

Hoy, el recuerdo del gran hotel de Goiânia encuentra otros en mi memoria, que comprueban, en los dos polos del lujo y de la miseria, el absurdo de las relaciones que el hombre acepta mantener con el mundo, o mejor, que le son impuestas de forma creciente. Reencontré el hotel de Goiânia, pero ampliado en una escala desproporcional, en otra ciudad no menos arbitraria, una vez que los cálculos políticos y el desenraizamiento sistemático de las poblaciones habían hecho, en 1950, Karachi pasar en tres años de 300 mil a 1,2 mil millones de habitantes; y en pleno desierto también: en la punta occidental de esta planicie árida, desde Egipto hasta India, que despoja una inmensa área de nuestro globo de su epidermis viva. [...]. Que se trate de ciudades momificadas del Viejo Mundo o de las ciudades fetales del Nuevo, es la vida urbana que estamos acostumbrados a asociar a nuestros valores más elevados en el plano material y espiritual (89/126).

En este sentido, Lévi-Strauss se tornó “un héroe intelectual no por los hechos extraños que presencié”, sino por el estilo discursivo que inventó para exponer dichos hechos y enunciar sus explicaciones. Es la unicidad discursiva de los paisajes de vida levi-straussianas, como dice Geertz (2002: 43), que hace claramente que este autor sea uno de los verdaderos autores de la antropología, siendo incluso “ser apreciado como ‘autor-escritor’ barthesiano, una vez que su obra es ejemplo singularmente esclarecedor que separa lo que alguien dice del modo como dice -el contenido de la forma, la sustancia de la retórica-, es tan nocivo en la antropología como en la poesía y en la pintura”.

La auto-referencia de *Tristes Trópicos*, de modo bien particular, hace que el tema sea, en sí, la obra misma. Y éste es un análisis aplicable todavía a otros tantos textos antropológicos

¹³³ Es uno de los mayores destaques de las ciencias sociales del siglo XX. Entre los varios trabajos publicados en Brasil, se pueden destacar *Estruturas Elementares do Parentesco* (1949), *O Pensamento Selvagem* (1962), *História de Lince* (1993), *Tristes Trópicos* (1996) y *Olhar, Escutar e Ler* (1997), además de los álbumes fotográficos *Saudades do Brasil* (1994) y *Saudades de São Paulo* (1995).

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

destacados como obras clásicas. Sin embargo, en tratándose de la etnografía del artificio Lévis-Strauss, el texto es lo que el autor presenta en primer plano, para después re-presentar lo que hay a través de las líneas narrativas formuladas con menos progresión de ideas y más movimientos centrífugos y discontinuos. En un texto múltiple, el relato etnográfico es el registro de una manera simbolista de apreciar la naturaleza y la cultura, no necesariamente participando de la vida de los grupos observados, sino cosiendo expresiones culturales de los “salvajes” en patrones abstractos de relaciones que se tornan, aun, memorables retratos de los paisajes de vida.

También en los enredos clásicos, el espacio territorial engloba parámetros de naturaleza historia, geográfica, política, social. Es decir, según describe Amaral Silva (2009), desde el inicio de los emprendimientos etnográficos, las narrativas fueran indicadoras de paisajes que abrigaban paralelamente una topología humana de existencia y una inserción espacial y sociocultural. Para Oliveira (2006: 35), eso indica que en tiempo alguno puede ser abandonado, especialmente por el modo dicho tradicional de hacer antropología, el cuestionamiento de lo “que significa/significó el mirar, el ver y el escribir como etapas de construcción del conocimiento”.

Lo más interesante es que a través de relecturas parciales de lo que se considera etnografía clásica, se destaca en este contexto el hecho de que los paisajes, conforme resaltó Duncan (1990), nunca tienen un único significado; siempre hay la posibilidad de diferentes lecturas. Ni la producción, ni el descifrar de paisajes son inocentes. Ambas son políticas en el sentido más amplio del término, una vez que son ligadas a los intereses materiales de múltiples grupos, los cuales gozan de posiciones de poder interpuestas, sobrepuestas o transpuestas dentro de las sociedades.

Por entre paisajes etnografiados por el trabajo narrativo emprendido por fundadores de discursividad como Malinowski (1922, 1978), Boas (2004), Evans-Pritchard (1940, 2007) y Lévi-Strauss (1955, 2005), verdaderamente queda expreso que, entre la visión de los otros, la realidad y la propia experiencia, lo que se absorbe y se vehicula por las lentes de la escritura clásica serán siempre nuevos universos de sentidos, influenciados por las posibles lecturas del experienciador y del espectador. Por lo tanto, sigue en evidencia que el revisar la etnografía clásica, hoy, siempre será un examen de cosas puestas en el papel que son entendidas como una especie de escritura por el experienciar y por el comunicar. Y dicha observación jamás dejará de sumarse al conjunto etnografiado que une personas, costumbres, espacios y tiempos, de manera fundamentalmente discutible a cada nuevo mirar que se practique sobre paisaje que fueran narrados, construidos, inventados por los más diversos artificios.

Escribir el paisaje de vida

Como ejercicio interpretativo por campos de la escritura de paisajes, de inicio, es relevante traer a Cauquelin (2007: 100) que, por la idea de *La invención del paisaje*, postula que “son principalmente los pintores que asumen esas figuras de la naturaleza llamadas de paisajes”. La idea de paisaje y su construcción a lo largo del tiempo dieron una forma, un encuadramiento y medidas a nuestras percepciones o perspectivas -distancia, orientación,

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

puntos de vista, situación, escala. A priori, la primera y más perceptible ampliación viene de lo que parece más cercano al paisaje: el medio ambiente físico. De este punto de vista, son los datos de este ambiente que mantienen un contacto estrecho con los datos perceptuales formados por el paisaje. Pero, al entender que la idea de paisaje y su realidad percibida son justamente una invención, la autora antevé que se trata de un objeto cultural patentado, cuya función propia es asegurar permanentemente los cuadros de la percepción del tiempo y del espacio, presidiendo todos los intentos de ‘repensar’ el planeta como eco-socio-sistema.

De hecho, por las consideraciones de Cauquelin, se nota la necesidad de una reflexión sobre la supuesta artificialidad de los paisajes clásicos a los cuales estamos acostumbrados. E incluso de esta forma todavía es probable se formatear un esbozo teórico de que clásicamente también se llegó a hacer visiones y versiones de lo que aquí es denominado “paisaje de vida”. De las dimensiones prácticas de la existencia, emanarán modos de tornar plausible y sustancial la experienciación de determinado espacio-tiempo. Lo que deben ser readecuadas, por lo tanto, son las formas de leer dichos universos de sentidos.

Silveira (2009: 71) al antever el paisaje como fenómeno complejo, deja latente la emergencia del alerta de que “el concepto de paisaje es polisémico, como una idea que encierra inúmeros sentidos, conforme el campo teórico o la perspectiva estética al cual está filiado quien la interpreta como fenómeno oriundo de la experiencia humana en el mundo”. En razón de esto, en medio de una interacción histórica de debates y de investigaciones sobre paisaje, en este contexto ella es tomada como un posible instrumento de uso (que inclusive ya es utilizado por muchos) sea para la realización y comprensión del ejercicio etnográfico, o del hacer literario o historiográfico por los espacios y tiempos.

Es momento de rever que, si el espacio¹³⁴ -como el tiempo, además- constituye una de las condiciones inherentes a la existencia de las sociedades, factualmente la organización del espacio siempre comporta, de múltiples maneras, marcas distintas de la acción humana. Al hacerse perceptible que la propia construcción del espacio es un hecho social, se pueden experimentar infinitas posibilidades de simbiosis entre diversas áreas del conocimiento, una vez que la interdisciplinariedad es operante y enriquecedora por el agregado de argumentos teóricos que propone. En este sentido, menciona Silva (2006: 187) que incluso los conceptos territoriales como casa, aldea, ciudad, región o país son simultáneamente geográficos y sociológicos”, y estas perspectivas todavía se entrecruzan a otras “como la antropología, la historia y también la psicología y arquitectura”.

¹³⁴ Un dato curioso a ser presentado aquí dice respecto al hecho de que las discusiones sobre el territorio y el paisaje son relativamente recientes. De hecho, el espacio y el lugar, durante muchos años, experimentaron enfrentamientos, sobre-posiciones, extensiones, conexiones y dispersiones entre sí. Un ejemplo de esta relación remete a Newton, que ya en el siglo XVIII, presenta la idea de espacio absoluto y vacío, de manera que los lugares pasaran a tener el simple status de partes del espacio. Es decir, primero se partía del espacio para después llegar al lugar. Para Descartes, el espacio era mera extensión. En esta visión, el propio cuerpo no es más que espacio, una vez que la materia no solo ocupa espacio, sino también es efectivamente espacio. A causa de esto, es únicamente en los siglos XVII y XVIII con Galileo, Descartes y Newton, es decir, en los últimos trescientos años del periodo denominado por muchos como modernidad científica, que la concepción de espacio homogéneo triunfó, entrando en crisis profunda en la primera mitad del siglo XX. La prioridad del espacio sobre el lugar, a veces, todavía es axiomática.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Debido a lo expuesto, se hace necesario retomar algunas discusiones necesarias al encaminamiento de este estudio por los meandros que entrelazan el paisaje a los presupuestos teóricos que cercan o la definen. Sobre todo, es preciso justificar que la renovación de la geografía en el pos-1960/70 merece destaque sumario, sobre todo en un primero momento reflexivo, pues se trata del periodo en que hubo la efervescencia de consideraciones, con expansión de un entendimiento fecundo, especialmente en el ámbito geográfico que impregna la idea de paisaje.

Y por este delineamiento, es necesario empezar destacando resumidamente que, del punto de vista naturalista de paisaje, nacieron los enfoques historicista y materialista, con relevo a las figuras de Lucio Gambi¹³⁵, Emilio Sereni¹³⁶ y Massimo Quaini¹³⁷, entre otros. También se efectiva el enfoque humanístico, centrado en la percepción de sujetos, en la representación y en símbolos de la vida cotidiana, como lo hice Denis Cosgrove¹³⁸. Por dicha vía, finalmente se tiene la elaboración de una perspectiva interactiva¹³⁹, reconociendo que la objetividad del paisaje, conforme destaca Saquet (2010: 139), se presentará como “una tendencia significativa a la representación y a la gestación de planes de desarrollo en el nivel de lugar”.

En Brasil, partiendo de un enfoque similar a la concepción historicista y materialista del paisaje Milton Santos (1988: 61-65)¹⁴⁰, reconocido como uno de los más populares geógrafos brasileños, instituye que “todo lo que nosotros vemos, lo que nuestra vista alcanza, es paisaje”. El espacio, para él, contiene movimiento. El paisaje fue definido en el dominio de lo visible, así como un casamiento de la sociedad con el paisaje. La visión del paisaje es de cada uno, porque depende de su localización, de sus referencias: “el paisaje está ligado a la producción de los espacios, siendo conjunto heterogéneo de formas naturales y artificiales”. Por esta formulación, paisaje y espacio se tornan un par dialéctico, en una relación de apariencia-esencia. Distinto de la configuración territorial, pero como parte de ella, el paisaje también es perceptible, visible, a través de los sentidos, fotografías o mapas.

¹³⁵ Con un estudio pionero sobre la renovación del concepto de paisaje, entre otros, Gambi, durante los años de 1961 y 1973, argumenta que el paisaje es construido históricamente por el hombre, siendo resultante de procesos de diferenciación que se materializan en el territorio. Pautado en una realidad estructural, elucida relaciones entre la forma y la estructura, en el paisaje y en el territorio.

¹³⁶ De concepción similar a Gambi, Sereni (1961) se centró en la construcción histórica del territorio y del paisaje. Para él, el paisaje es producto de las actividades de los hombres, de acuerdo con su forma de vida, con conflictos e innovaciones. En el discurso teórico el espacio viene primero y en las experiencias personales es el lugar que viene antes.

¹³⁷ En la misma perspectiva de Gambi y Sereni, Quaini (1973) entiende el paisaje agrario como un producto histórico, con continuidades y discontinuidades, cambios y permanencias. Es una concepción materialista del paisaje que combina factores ambientales e históricos.

¹³⁸ Se trata de un geógrafo cultural, cuyo trabajo incidió sobre los conceptos de paisaje y representación. Fue uno de los defensores de una “nueva geografía cultural”.

¹³⁹ La perspectiva interactiva es un movimiento presente en varios países, sobre todo, Francia (Bertrand, Tricart etc.), Italia, Rusia (Sochava, entre otros), Alemania, EUA, etc.

¹⁴⁰ Milton Santos se destacó por sus trabajos en diversas áreas de la Geografía, especialmente, las asociadas a estudios de urbanización en el llamado Tercer Mundo. Entendía que el paisaje tiene un carácter histórico y una materialidad marcada por la época.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

En Eugenio Turri¹⁴¹, ya por la perspectiva del enfoque humanístico, el paisaje es inaugurado como una serie de signos organizados funcional y socialmente (estradas, puentes, ciudades), siendo que las decodificaciones cambian según se altera la sociedad. El territorio tiene nuevas funcionalidades y el espacio vivido es la referencia simbólica. Los paisajes, sobre todo, son imágenes de la mudanza. Turri (2002: 8) pasa a comprender el territorio como una construcción histórica, enfatizando las transformaciones sucesivas y los valores culturales en su relación con el paisaje, que se transforma “en la vestimenta histórica del territorio, donde las inscripciones de las mudanzas permanecen, como dados, incorporados en el tejido territorial”.

De modo general, Turri subsidió su argumentación en obras de geógrafos como M. Quaini, P. Claval, P. George y V. Vagaggini. Entre los clásicos, en las referencias de Turri constan Dematteis, a causa del proceso histórico, y Braudel, lo cual él ratifica su teorización. Lo más importante, sin embargo, es confirmar que a partir del camino dibujado por Turri, el paisaje en gran medida empezó a asumir la designación del territorio tal como es aprendido por las poblaciones, siendo él mismo resultante de la acción y de la interacción de factores topográficos y humanos, simultáneamente.

Más recientemente, en lo que toca a los enfoques territoriales subsidiados por estudios de la geografía, se ha visto registros del interés de retomada de las discusiones de Bagnasco (1999) sobre identidad, comunidad, reciprocidad y confianza. Teóricos como Magnaghi (2003) avanzaron en la comprensión del territorio como un producto histórico y también un conjunto de patrimonios, a través de los cuales se desarrollan nuevos estilos de desarrollo sostenido o de auto-sostenibilidad. De esta perspectiva, asociada a la idea de paisaje, la identidad pasó a entrar en el debate, debiendo gran parte de su relevo a su retomada por la vía de su carácter político.

Sin embargo, partiendo de los enfoques de A. Magnaghi, estudiosos como Dematteis, Governa e Vinci (2003), por ejemplo, ratifican su concepto de identidad para más allá de la sostenibilidad ambiental, de modo que ella es constantemente reconstruida histórica y colectivamente, territorizándose a través de acciones políticas (de gestión) y culturales. Claude Raffestin (2003: 4-5), a su vez, también se destaca en esta línea al proponer la identidad no como un estado, sino como un proceso “de se tornar similar en el territorio de una área territorial, con mismas imágenes, ídolos, normas, pues la identidad se construye, deconstruye en el tiempo y a través del tiempo”.

Es preciso entender, sin embargo, que si la inmaterialidad pasó a significar territorialidad, ella no se desliga del paisaje porque, de cierta forma, son pre-determinantes uno del otro. La identidad y las imágenes (o símbolos) anteceden el territorio y la territorización. Por estudios de Raffestin (2006), se confirma que el paisaje inevitablemente se hace constituido por diversos elementos técnicos, económicos, sociales, políticos y culturales, se ofrecen vida a un determinado contexto territorial y ciclo productivo, no siempre observables, porque son inmateriales.

¹⁴¹ Entre 1974 y 1979, Turri crea una producción científica para individualizar lo visible, en una geografía de la exploración, centrada en la percepción y en el simbolismo.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

De esta forma, se puede decir que hubo la fusión del paisaje con el territorio, principalmente porque este último corresponde a una realidad material y significativa, que es representada por significados y por imágenes. De la transformación histórica del espacio, nace el territorio.¹⁴² El paisaje entonces empezó a ser entendido como la representación, vehiculada a través de lenguajes y de la (in)materialidad. Vale recordar, sin embargo, que paisaje y territorio aparecen separados en algunos momentos de este enfoque, pues son vistos como procesos distintos de la vida en sociedad porque, por esta concepción, el territorio empieza a ser paisaje cuando empieza a ser pensado. De esta forma, Raffestian (2005: 33) conclusivamente entendía que “los hombres, cotidianamente, no construyen el paisaje, sino el territorio que podrá, quizás, ser transformado en paisaje”.

De otra vertiente, se observa, a través de la aproximación de estudios inherentes a la geografía del paisaje industrial en Italia, que autores como Dansero y Vanolo (2006) adoptaron una vertiente teórica interrelacionada a la perspectiva cultural e histórica del paisaje, a partir de la cual la producción de paisajes es construida históricamente y representada de diferentes maneras. En esta lectura, paisaje y territorio pasan a ser procesos relacionados al mismo movimiento de apropiación y de producción socio-espacial, en lo cual la idea (que inicialmente era el paisaje), y la materia (que teóricamente se ponía como materia), se encuentran ahora en unidad.

Paisaje y territorio, de esta forma, son dos dimensiones distintas del real, poseyendo diferentes niveles de interpretación, pero, de cualquier modo, formulan un campo discursivo y analítico en comunión. Por Saquet (2010: 146), “el paisaje puede ser comprendido como el aparente, el observado, el percibido, el representado, pero no está desproveído de la (in)materialidad del territorio”. La propia imagen y el imaginario subsidian la existencia del paisaje-territorio en la vida práctica de los individuos.

Los que queda evidente, por la apreciación sumaria instituida a partir de la denominada renovación de la geografía en el pos-1960/70, es que el paisaje pasó a componer, primordialmente, un carácter relacional e integrador de diferentes aspectos geroambientales y socioculturales, teniendo su apariencia definida, grande parte de las veces, por la combinación de factores naturales y culturales y, todavía, por la reiteración entre ambos. Una situación que demuestra eso de forma clara está situada en el hecho de que, en estudios brasileños recientes, cuando se habla en patrimonio cultural, por ejemplo, se puede decir que los paisajes pueden ser contemplados, principalmente, a partir de un triplo significado cultural: 1) siendo definidos y caracterizados según la manera por el cual determinado territorio es percibido; 2) siendo considerado el paisaje como un testigo del relacionamiento

¹⁴² Para Raffestin existe un modelo para describir la territorialización, que según él es formado: 1) por los actores (individuales o colectivos); 2) por el trabajo; 3) por mediadores materiales (instrumentos, conocidos); 4) por el programa del actor social (intenciones y objetivos); y, 5) por las relaciones entre los actores y el ambiente. De esta forma, “el territorio es el producto de las acciones (territorialidades) de los individuos en el ambiente” (Saquet 2010: 144).

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

entre individuos y su medio ambiente; 3) siendo atribuido al paisaje el papel especificador de cultura locales, sensibilidades, prácticas, creencias y tradiciones.¹⁴³

Lo que se torna nítido, por esta apreciación fundada en la idea de paisaje como concepto polisémico (y abrigado en formas diversificadas de lectura y relato), es que cuando se habla en la apreciación de narrativas y de marcadores culturales, se tiene en el paisaje una perspectiva que pone muchas dudas y surgen muchas posibilidades de uso, sobre todo, para la apreciación del hacer etnográfico. El paisaje como dimensión simbólica, que especifica el humano como especie y como individuo, presupone, conforme enfocó Sahlins (2003: 170), que “ninguno objeto, ninguna cosa es o tiene movimiento en la sociedad, excepto por la significación que los hombres le atribuyen”.

Notablemente, por la diversidad de significados atribuidos al paisaje -sea en consonancia (o discrepancia) con el territorio o demás formas de apropiación discursiva del espacio y del lugar-, lo que se tiene es el demasiado apoyo para la lectura de cualquier escrita emprendida en medio al paisaje de vida. Como algo que siempre será un procedimiento flotante, de polisemia agregada a la producción y a la interpretación, el paisaje asocia en si el dilema y el debate, de modo todavía más enriquecedor a la composición a la búsqueda de aprensión de lo que siempre será algo de movilidad y de extrañamiento: la escrita del paisaje de vida.

El fenómeno cultural practicado

Más allá de descripciones, se reconoce aquí aspectos inherentes a las relaciones sociales que sostiene el paisaje como fenómeno cultural practicado. Al saber que dicha formulación está en el cierne de lo que se puede se apuntado, de acuerdo con Silveira (2009: 71), como una “Antropología de los Paisajes”, es bueno dejar claro que el intuio de este texto fundamentalmente está distanciado de cualquier intento de se hacer emergí conceptos precisos sobre territorio, lugar, espacio o sobre el propio paisaje.

De hecho, lo que se intenta es la manutención de un dialogo entre los diversos tipos o posibilidades de articulación de dichos conceptos, de modo a ser capaz de amparar la construcción de un estudio que está emergiendo la luz de múltiples posibilidades de perspectiva sobre la construcción del fenómeno cultural *paisaje*. Y, objetivando las formulaciones que amplifican el sentido de este fenómeno por se encontraren interpuestas, se entiende, todavía según el autor supra-citado, que como posicionamiento critico, el manoseo de consideraciones acerca del paisaje y de sus variadas versiones, evidentemente, pueden justificar el establecimiento de “un diálogo con autores oriundos de campos del conocimiento diversos, que tienen se dedicado en algún aspecto a la idea de paisaje en sus reflexiones teórico-conceptuales a partir de sus asignaturas de origen”.

¹⁴³ Pese a que este estudio no se retenga al paisaje como patrimonio cultural, en este punto, cabe un apéndice acerca de los apuntamientos del proyecto asociado a la Convención Europea del Paisaje, cuya discusión tuvo inicio en 1994, con desfecho en 2000, a través de la cual el paisaje es reiterado como amplio proceso de discusión y de análisis que, según Ribeiro (2007), está siendo incorporado en diferentes dimensiones del planeamiento, de la protección del patrimonio cultural y de la gestión de territorios, según diferentes contextos nacionales, en la dirección de atribución de valor al paisaje.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Surgen aquí modos diferenciados para apreciación del hecho de experimentar el paisaje, básicamente como fenómeno mediado por complejas redes de negociación de significados que casi siempre son contextuales. Sin embargo, también cabe prescribir que cuando se habla de paisaje como fenómeno cultural practicado, surgen todavía posibilidades fluidas para comprender la composición del proceso de comunicación, sea sobre lo que el humano experimentó y comunicó, o sobre el modo como fueron percibidas las formulaciones culturales. Sin duda, la experiencia y la narrativa no se disocian del ejercicio existencial y escrito mediado por el paisaje. Estando ambas incorporadas a la perspectiva de lectura o de narración, ellas no paran en el tiempo, garantizando la sobrevivencia del paisaje como esbozo, recorte, percepción, perspectiva o como fenómeno de cultura.

De hecho, el movimiento de vivencia del paisaje circunscribe más de lo que una inquietud. Para Simmel (1988: 232), existe una violencia en la experiencia paisajística, una vez que, debido a ella, existe un sentimiento de pertenece a un Todo (el sentimiento de la grande naturaleza), que sigue inevitablemente la individualización y el miedo de ser arrancado de la experienciación. En un paisaje que significa originalmente la restricción del visible y del sensible a un recorte patrimonial de significación, se tiene siempre nuevas posibilidades de existencia humana. Por la retomada de Simmel, queda puesto que también un mirar lleno de significados es capaz de captar una totalidad como paisaje. Es como decir que, a través de la existencia y de los procedimientos narrativos de la vida, “la parte de un todo se torna, a su turno, un conjunto independiente, que se desprende del precedente y reivindica su derecho en relación a él”.

De alguna manera, dicho argumento probablemente reside en el hecho de que el paisaje es atormentado por el infinito, siendo la insistencia de una presencia desbordante de este infinito en el finito, se mascarando como la fuerza más íntima de la experiencia paisajística. Diciendo eso, Besse (2006: 9) aclama el paisaje segundo un movimiento que exprime, por varias disposiciones, lo que llamó de “presentimiento de una relación con una extensión y un movimiento ‘infinitamente más amplios’, lo que da en la esencia de una mirada por veces momentánea”. Como parte invisible del espacio, como fenómeno de cultura que se experimenta, como forma de extravasar constantemente el visible y lo evidenciar, el paisaje tiene delimitado el mundo e insinuado en sus bordes la presencia de una vida tumultuada.

El explorar por la curiosidad, el descubrir por la convención, el cultivar por la intuición, el desvendar los símbolos o el participar por las ranuras de la fisionomía y de la presencia, todos estos hecho, sin duda, denuncian y anuncian el interior del paisaje que empieza a definirse por los trajes causados por un mirar de cultura. Es compatible, incluso, se considerar la persistencia de un paisaje a través de lo que existe de sentimiento, sensación, pertenencia o discernimiento en relación a él. En este sentido, Sansot (1983) argumenta que es la cultura que engendra nuestra percepción del mundo y los criterios estéticos por los cuales creemos expresar nuestro gusto. La apropiación del paisaje, sin embargo, deja manifestado que la percepción reside en el sentimiento emanado por entre procesos polisémicos y polifónicos de lectura y escrita de un fenómeno.

Como ejemplo, en cierto momento Corbin (1989: 27) destacó que la época clásica, con raras excepciones, inauguró el encantamiento de las playas de mar, la emoción del bañista

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

que enfrenta las olas y los placeres de las temporadas marítimas. Para él, una capa de imágenes repulsivas impidió, por mucho tiempo, la emergencia del deseo de la mar, de forma que “la ceguera y el horror se integraran en un sistema global de apreciación de los paisajes naturales, de los fenómenos meteorológicos y de las impresiones cenestésicas cuya configuración se esboza poco a poco a partir de la Renascencia”. Atesta Corbin que eso coincide con el hecho de que algunos territorios, como las playas y la mar en extensión, se transformaran en espacios del vacío, dentro de los cuales se podían abrigar formas de las más diversas surgidas del imaginario occidental. Era necesario entonces comprender la génesis de las lecturas y de las prácticas nuevas del paisaje de litoral, lo que implicaba en percibir previamente la ocurrencia del conjunto de representaciones que funda la repulsa. Y lo que se entendió fue que “el sistema de apreciación no se plantea únicamente de la mirada y del equipaje cultural; proviene primeramente de las experiencias cenestésicas, sobre todo cuando estas se imponen con tanta fuerza cuanto las nauseas provocadas por el jadeo y balanceo de la nave”.

Partiendo de un punto de reflexión similar, pero sin desasociar las experiencias cenestésicas del equipaje cultura, Silveira (2009: 72) dice que los paisajes son como manifestaciones culturales. Y por así ser, ellos llevan en sí mismos una conexión con el hecho cognitivo de la interpretación. Íntimamente asociado a la percepción y a la representación, el paisaje “emerge como fenómeno cultural experimentado en un contexto específico”. Complementariamente, este autor entiende que “los paisajes resultarían de las relaciones simbióticas y tensiones del ser humano como el planeta, en el cuerpo de lo que se llama de proceso biogeocósmico”.

Apuntar el paisaje como fenómeno cultural experimentado es, al mismo tiempo, demostrar como Said (2007: 91) que existe una práctica universal de designar mentalmente un lugar familiar, que es “lo nuestro”, y un espacio no familiar más allá de lo “nuestro”, que es “lo de ellos”. Este modo comprendido como un recurso para se hacer distinciones geográficas, que pueden ser enteramente arbitrarias, nada más es de lo que el uso del paisaje como perspectiva para componer un esbozo territorial dinámico, fluido y particularizado. Con lo dicho, es necesario tener en cuenta el hecho de que “las fronteras geográficas siguen las sociales, étnicas y culturales de maneras previsible”. Al fin, las suposiciones, asociaciones y ficciones se ajuntan en el espacio, que requiere de estos fundamentos para marcar su existencia.

Es en la integración con el escenario de vida que el hombre experimenta del vínculo interior y exterior que lo torna, en primera instancia, un ser que representa a sí y al paisaje. Se tiene ahí una recursividad descrita por Silveira (2009) como biocultural, porque es simbólica y eco-sistémica, la cual empuja el flujo informacional que entra en juego en esta doble interacción. Sin embargo, es importante resaltar que el equipaje a través del cual cada hombre ordena su propia experiencia sensorial es variable, en el sentido de que es determinada por la sociedad que influencia su práctica de vida, una vez que regula las actividades recursivas del cotidiano y, por consecuencia, pasan a corroborar con la producción o la reproducción simbólica de espacios-tiempo.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Esta posibilidad de transformación, interacción y experimentación del paisaje, en parte, viene de encuentro de lo que Lerói-Gourhan (2002) comenta sobre las respuestas adaptativas que los grupos humanos experimentan. Es cierto que el juego entre asimilaciones y acomodaciones está ligado tanto al plano biológico, cuanto a los procesos de construcción del conocimiento, siendo que estos últimos son definidos como conjuntos particulares de los lugares de pertenencia. En este sentido, el paisaje, universo ora aprisionado y ora practicado por la percepción, actúa como dinámica procesual por medio de la cual son articulados modos técnicos-culturales de acción sobre el medio “eco-antropológico”¹⁴⁴.

Como dice Geertz (2004: 112), cualquier observador manifiesta una sensibilidad adquirida a través de la experiencia total de su vida. A partir de eso, queda más claro porque, socio-económicamente, el hombre, la naturaleza y la cultura presentan una íntima relación, por medio de un completo juego de permutas. De otra forma, se dice que es en la experienciación que el hombre adquiere, desarrolla y expresa sistemas esquematizados y organizado de pensamientos y acción, de forma que dichos recursos pasan a ser “un elemento tan preeminente en nuestro propio paisaje que no podemos siquiera imaginar un mundo donde ellos, o que algo parecido con ellos no exista”. Lo cierto es que somos cercados por “sistemas que surgieron y se expandieron al redor del enmarañado de prácticas heredadas, creencias aceptas, juicios habituales, y emociones innatas, existentes anteriormente”.

Intercambiado por el fenómeno cultural paisaje, también es importante hacer surgir en esta reflexión lo que para Merleau-Ponty (1979: 327) era el espacio practicado, vivido, percibido, y que fuera denominado “espacio antropológico” -en contraposición al espacio geométrico hegemónico y estático. Pero aquí, en este estudio, el espacio no está aislado por contraposiciones, sino está asociado a las múltiples unidades de sentido que la idea de paisaje abriga. Además, se postula que el estar en un lugar es estar en condiciones de lo percibir, lo que aproxima el hombre inevitablemente de los paisajes. Al fin, como un proceso cíclico, se ve que incluso las narrativas por las cuales damos sentido a nuestras vidas difícilmente no son lanzadas a la percepción de los lugares vividos y vehiculados por convenciones narrativas.

Lo que se reafirma ahora es que todavía existe el esfuerzo para reivindicar la particularidad del lugar dentro de la universalidad del espacio, se configurando tal acto como un recurso para empoderamiento de la corporeidad. Por esta perspectiva, es necesario avanzar por presupuestos de Merleau-Ponty sobre este posible espacio existencial que es la experiencia en un ambiente exterior, para la cual “existen tantos espacios cuantas experiencias espaciales distintas”. Hay en este proceso una extensa margen para el ejercicio de la subjetividad del mirar por el tratamiento fenomenológico del espacio. Sin embargo, el lugar y el espacio aquí no son disociados, pues se funden para abrigar amplios fenómenos de cultura.

¹⁴⁴ Silveira (2009) utiliza este termo para exponer que la naturaleza y la cultura interagen a partir de esta plasticidad denominada “eco-antropológica”.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Siguiendo este direccionamiento, Casey (1993, 1998) sugiere el enfoque fenomenológico como el más adecuado para este ejercicio. Para una reapropiación social de los espacios-lugares es necesario empezar por la experiencia. La fenomenología estaría, en este sentido, interesada en el papel de la percepción de y en los lugares. Lo importante sería llegarnos a la condición de “sentirse en un lugar”. De hecho, al estarnos siempre con visión de la presencia en los ambientes, y nos privarnos de la experimentación, porque la percepción predominante puede ser la del espacio desnudo de calidades. Husserl (1999) y Merleau-Ponty (1990) afirman que la percepción es primaria y, de esta forma, precisa darnos más que meras descripciones de superficie. Entonces, estar en un lugar es estar en condiciones de lo percibir. Esto es lo primado de la percepción que se da a través de un cuerpo sensible en un dado horizonte.¹⁴⁵

Por las vías de la forma de apreciación fenomenológica propuesta por Casey (1996: 18) y desarrolladas a través de los fundamentos de Merleau-Ponty, de modo relativo, se puede decir que los horizontes externos que abarcan tanto una escena dada como un todo, como la coherencia de la percepción, “son fornecidos por la profundidad, siendo horizontes de *cada lugar* que nosotros ocupamos como seres que sienten”. De este punto de vista, no se debe hablar únicamente del “mundo”, sino “de este mundo”, del “nuevo mundo” que nos engloba y que lo concebimos por la existencia práctica.

Un dato fundamental que se debe presentar es que, estando en la búsqueda de la reapropiación social de los sentidos de lugares, se debe cuidar para no caer en el extremo opuesto de se absolutizar los horizontes. Antes de se encontrar un camino para apreciar el fenómeno de cultura, cabe saber que él también reside en las capacidades perceptivas del propio cuerpo. El cuerpo y la sensibilidad, además, fueran los primeros a ser considerados como mera extensión, o sea, como mero espacio. Pero es preciso decir que la aprensión de los cuerpos a los lugares se da a través de un *estar-con* que es inexorable a nuestra condición en el mundo vivido. Descuidar del mundo de la vida es por encima de todo negar la experiencia del cuerpo-vivido.

En este punto, está todavía más notorio que el paisaje es un tema interdisciplinar, con una amplitud semántica que merece de hecho ser evidenciada como formulación y como problematización. Es por eso que el manoseo de este fenómeno cultural como práctica del ser implica en la recurrencia a caminos teórico-conceptuales de los más variados, porque a partir de estos múltiples sentidos, serán restablecidas formas más específicas de interacción con las significaciones del paisaje.

En un intento de traducción de esta trama, se puede también tener esta discusión conducida tanto a través de Schama (1996: 29), para quien los paisajes, “del parque urbano a las trillas de la montaña, tienen la marca de nuestras persistentes e ineluctables obsesiones”, como por lo que el filósofo Bachelard (2005: 19) propone como un análisis denominado de poético del espacio. En ambos los caminos, tenemos que la percepción (incluso sabiendo que la imagen y el símbolo son siempre anteriores a ella) posibilita la manifestación fenoménica del mirar. Es bueno destacar que, segundo este último autor, “en el reino de las

¹⁴⁵ Es a causa de eso que Heidegger (1971) dice que precisamos habitar poéticamente y aprender a residir en la Tierra. La práctica de residir poéticamente, según él, nos llevaría a actitudes más conscientes.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

imágenes, el juego entre el exterior y el interior no es un juego equilibrado”. Por esos términos, el acto de la contemplación se revela en la entrega de la mirada sensible al universo de formas, que se transforma en posibilidad creadora para se manosear las imágenes poéticas dispersas en los espacios.

Vibrando en sí, el paisaje evidentemente se conecta, por diversas vías de construcción teórico-metodológica, a la dimensión de la percepción y de la efectividad, de manera que se permite su existencia, principalmente a través de la práctica discursiva, estando el paisaje fundamentalmente subordinado al fluir de la vida. Por eso, es también en esta forma de espacio que se torna emergente lo que para Bachelard (2005: 28-29) era el “*de-socializar*” de nuestras grandes memorias para atingir el plano de los devaneos que experimentábamos en los espacios de nuestras soledades”. Por otro lado, es también por el espacio y en el espacio que “encontramos los bellos fósiles de duración concretizados por largas permanencias”.¹⁴⁶ En la dimensión practicada en el tiempo, lo que está siendo percibido por las parcialidades de la imaginación es el propio espacio vivido. Y eso ocurre únicamente porque las memorias se tornan cada vez más inmobiles cuanto más espacializadas se encuentran, una vez que el tiempo las corroe, impidiendo que sean la historia a ser contada a los otros como imágenes poéticas de las cuales se tornan más precisamente un misto del recordar con la imaginación y la memoria.

Hay de se considerar, por lo que destaca Silveira (2009: 78-79), que la imagen al revelarse un fenómeno del ser, a partir de este fundamento común que es la cultura, torna posible que “el humano experimente de forma diversa su relación con los paisajes en lo que ellos tienen de espacialidad (una abertura y perspectiva o proyección del mirar sobre un conjunto de formas considerando una práctica del lugar de pertenencia)”. Se trata de la negociación discursiva de un legado que expone reflexiones por medio de las cuales se antevé, por ejemplo, que los significados atribuidos a los lugares revelan vínculos simbólico-afectivos, sin dejar dudas de que las “formas de sociabilidad, de entre las cuales el lúdico y la contemplación, simbólicamente, reflejarían la posibilidad de experimentar estéticamente la relación con el lugar”.

En este momento, es relevante declarar, aunque ya no parezca inusual, que las peculiaridades enunciativas del paisaje se tornaran la propia experienciación y la comunicación a partir de determinadas formas de vivencia y de se componer narrativas con modos de percepción de los espacios. De hecho, ahora se tornó necesario incluso ir un poco más allá de la dicotomía creada por Certeau (2009: 185) para distinguir “espacio” y “lugar”¹⁴⁷, por medio de la cual hay el “lugar practicado”, en que individuos actúan cotidianamente articulándose con variantes polisémicas, en espacios privilegiados donde el proceso histórico se efectúa como evolución humana en el tiempo. Ya es momento de se transponer la idea restrictiva de que el papel de los relatos es, simplemente, “transformar espacios en lugares o lugares en espacios”.

¹⁴⁶ Para Bachelard (2005), el humano vive una serie de fijaciones en los espacios de la estabilidad del ser, porque el espacio es el tiempo comprimido. Y esa es la función del espacio para él.

¹⁴⁷ Certeau (2009) entiende que el “lugar” es una configuración instantánea, una indicación de estabilidad, mientras el “espacio” sería un resultado de las prácticas del lugar, por medio de lo cual son producidas operación sobre las instancias ordenadas y co-existentes del lugar.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Por otra línea, Massey (2008) pretende libertar el espacio de su vieja cadena de significados y lo asociar a una red diferente, en la cual fuese posible tener, particularmente, mayor potencial político y su multiplicidad discreta, que es revista como impregnada de temporalidad. Conocedor, de esta forma, que el espacio es un producto de inter-relaciones, en lo cual distintas trayectorias sobreviven, este autor lo define como un elemento co-constructivo, una vez que está dinámicamente en reedición. Es por la discusión de la idea de que existe una asociación entre el espacial y la fijación del significado, que la representación¹⁴⁸ fue concebida como espacialización, incluso del tiempo. La representación surge, por una nueva política de espacialidad pauta en un posicionamiento intelectual procesual, con fin de actuar como intento de aprender simultáneamente el temporal y el espacial, pudiendo llegar a ser incluso la propia “i-representación” por se disponer, algunas veces, de modo constitutivo.

Sin embargo, pese a intentar moverse sea de la espacialización o de la representación como búsqueda de la “realidad”, Massey (2008: 56) opta por intentar escapar del dualismo y apunta que “el espacio conquista el tiempo a ser establecido como *representación de la historia/vida/el mundo real*”. De esta forma, es relevante percibir que en un espacio de lectura, como el campo del paisaje como fenómeno cultural, cabe estar atento a la imposición de un orden de vida inherente al real. Por paradigmas mencionados por este autor, se tiene el riesgo del “orden (espacial) obliterar la desarticulación (temporal)”, y una impuesta “inmovilidad espacial destacar la evolución temporal”. Dentro de estos términos, la propia vida y, ciertamente la política, pueden ser arrancadas del paisaje, que al congelarse, pierde la fluidez de lo que lo molda como un dinámico ejercitar de experimentaciones.

De hecho, por el camino realizado en este estudio, parece ser bien más orientador decir que cualquier de las formas discursivas (vívida o narrada) de apropiación de los fenómenos culturales, incluso la propia actividad etnográfica, se encuentran dispuestas a ser parcialmente compatibles a la visión de Massey (2008: 88), que apoyado en la desconstrucción de Derrida¹⁴⁹, articula el tiempo al espacio, diciendo que “el efecto de la espacialización ya no implica en una textualización”. Por dicha concepción, se demuestra multilateralmente que el mundo -que es un espacio, un tiempo, un territorio, un lugar, un escenario, una imagen, una presencia, entre otras definiciones- no es como un texto, “sino un texto (incluso en el sentido más amplio del término) es que se torna, simplemente, como el resto del mundo”. La existencia discursiva del paisaje, por esta medida, puede ser sobrepuesta a la inversión de la mirada apreciativa que se tiende a transformarle en mundo preexistente al texto o incluso en mundo-texto.

¹⁴⁸ En este estudio, el interés por las “representaciones” atraviesa colocaciones asentadas por Massey (2008), lo cual está interesado en el modo como pensamos el espacio a causa de nuestras mudanzas de comprensión, actitudes y políticas. Por eso, propone que la representación fue concebida como espacialización, y es a través de ella que espacializamos el tiempo. De este modo, la representación por esta vía es leída como elemento que endosa la denominación del tiempo por el espacio.

¹⁴⁹ El uso de un postulado de Jacques Derrida, derivado del “deconstructivismo”, en esta reflexión se relaciona bien más al uso teórico del término en lo cual hay una realidad estructural moviediza, que no requiera garantías de criterios fijos para imponerse como realidad. De esta forma, para Derrida (1994), el “ser y no ser” de las cosas retrata, simplemente, un proceso permanente de cruces, posibilidades y cambios llamado de desconstrucción.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Aunque sea inusitado el emparejamiento de las posiciones teóricas de diversos autores oriundos de los más diversos campos del conocimiento, tal vez sea por la aplicación múltiple de enfoques que (tal vez) exista la posibilidad de ser evitada la tendencia, que ya existe desde hace mucho tiempo, de circunscribir rótulos y medidas al que es lleno de extensos significados. En el caso del paisaje, que tiene sido sometido tanto al espacio como al texto, no raramente lo que se detecta es un intento de cristalización de percepciones sobre un fenómeno cultural. Sin embargo, es necesario hacerse saber que dichas percepciones, así como el propio fenómeno, únicamente sobreviven por su fluidez, o sea, ellas únicamente existen mientras fueren experimentadas en el dentro-fuera de una red de significados que, para se mantener latente, nunca para de fomentar diversas formulaciones que partan de visiones y versiones sobre su(s) pulsante(s) sentido(s). A partir de esto, es posible decir que el paisaje es más que el fenómeno que se abriga en la experiencia, en la narrativa, o en el espacio dominado por el textual, y vice-versa. De hecho, él solamente se llena de la desfiguración y del desaparecimiento a causa de los recursos que su vivencia y su recuento efectiva en el contexto de las sociedades que constantemente impelen o repelen sus imágenes.

Conclusión

En un estudio que habla sobre la experienciación y la comunicación como formas de transposición y de recomposición de paisajes, es momento de decir que el lugar donde residen prácticas diversas -a partir de la cual se elaboran estructuras y procedimientos de percepción y acción en un todo inventado- la percepción siempre surge con fuerza de enunciación. El espacio y el tiempo emparejados al texto, al vivido, al lugar, a la fuerza y al sentimiento de pertenencia es siempre un campo para se mirar lo que se degenera y lo que genera: el fenómeno cultural paisaje. Es por el movimiento que designa al paisaje el efecto de borrador instantáneo de la práctica de los días, que se tiene la imagen del lugar gozando de múltiple dinamicidad y fluidez.

Se sabe que, incluso intermediado por el intento de ejercitar una escrita de los espacio, a través de supuestas formas de emprendimiento etnográfico, literario y/o historiográfico del paisaje, lo que se alcanza siempre será un esbozo o un venir a ser que, para algunos, asume con brevedad una forma espacial que define territorios. Sin embargo, son los modos de experimentación y de narrativa de lo que la mirada tal vez no alcance, que fomentan el desarrollo de grande parte de este estudio. Se habla del vivido por medio de prácticas específicas, las cuales tienen sus registros contenidos en paisajes de vida que se sostienen en el espacio y en el tiempo y que, continuamente, intentan condicionar una imagen específica a los marcos y los emblemas imaginarios de las naciones.

Es de la experiencia y de la enunciación del paisaje que se parte para el universo de sentidos evocador de imágenes contenidas en discursos integrantes del pensamiento social. Es de la práctica emergente en un lugar vacío, de un nada figurativo, que surgen la necesidad y el deseo de presentación de vertientes y de composiciones que traen a descubierto lo que es encubierto por símbolos. Se almeja vislumbrar incluso la (in)existencia espacio-temporal de un paisaje que de hecho es significativo a la

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

composición nacional en la medida en que fue edificado por principios oriundos de las versiones de extrañeza y de retraso. Ora como lugar de morada, ora como punto de convergencia y de camino, la relevancia del espacio, del tiempo y del texto ganó cuerpo porque explica lo que se acredita ser de naturaleza inexplicable.

Aquí, en este espacio de ensayos perceptibles sobre paisajes, el paisaje es por veces enunciado como producto de lo que todavía no fue, y al mismo tiempo como residencia de lo que todavía no terminó. La experiencia narrativa de y por el espacio pasa a ser materia expositiva que carece de apreciación por la perspectiva de un terreno de personas en lugares que son privilegiados de sentidos múltiples. Por eso, después de caminar por las veredas de una escrita antropología clásica, sedimentada en esbozos experienciales paisaje, se tiene el momento de se hacer surgir discursos otros, los cuales también comprueban que la espacialización y la textualización de las imágenes poseen diferenciados modos de manifestación artesanal.

Como texto espacializado y simultáneamente como espacio textualizado, el paisaje percibido por las lentes de la cultura es seguramente un producto que debe ser sometido a desconstrucciones y a cruces constantes. Y eso queda manifestado de las más diversas maneras. Como ya fue presentado en este estudio, desde los discursos etnográficos clásicos, la producción simbólica de narrativas sobre paisajes está en destaque. Sin embargo, el fenómeno cultural experimentado sugiere ponderaciones asociadas a la configuración de elementos topográficos y conformaciones culturales en paralelo, para que exista efectivamente la apreciación del paisaje como fenómeno vivido discursivamente, una vez que, el estudio del trabajo narrativo por la vertiente de la escrita de los paisajes de vida siempre formará referencia al lugar que es imaginado.

Objetivando el distanciamiento de la esencialización de personas en lugares, se intenta emprender un encaminamiento reflexivo que no se disocie de las particularidades de un paisaje revisitado como construcción y como producto de la apropiación y de la transformación del ambiente en cultura. Se entiende aquí que los seres humanos atribuyen un significado fluido al que se configura paisaje, tornándolo una complejidad multiforme de realidades, de valores, de gestos y de vividos coexistentes.

El paisaje puede ser retomado como cuestión que sedimenta, incluso, la producción del lugar por una lucha narrativa, puesta aquí como formulación de una metáfora de la vida social. El paisaje debe de ser revisitado para más allá del espacio de multiplicidad discreta, impregnada de temporalidad. Por lo tanto, debe ser igualmente apurado como algo de significancia, en virtud de su lugar en un sistema de símbolos. De esta forma, no se puede negar que, sea tomado por su valor figurativo o por su carácter imaginario, el paisaje todavía está siendo instaurado en el espacio-tiempo para estructura coordinadas básicas de los sistemas de representación de los espacios. Tanto como espacio de vivencia y de experiencias socio-históricas, o como enmarañado de fuerzas simbólicas situadas en un lugar que no es fijo, el paisaje comprende un complejo fenómeno cultural que exige reflexiones puntuales.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

Dicho esto, el paisaje se torna incluso instrumento a ser tomado como una perspectiva que discute, por vías diversas, la premisa de que cualquier creación, expresión o percepción es subsidiada por una lectura de imágenes espaciales, sociales, históricas y políticas embasadas en las especificidades narrativas de cada grupo. Lo que se espera es integrar, en medio a versiones diversas y por diferentes fuentes teórico-conceptuales, las conexiones complejas entre paisaje y producción simbólica, ocasionando la exposición apreciativa de discursos que se algún modo enuncian el paisaje a partir de un lugar marcado en el espacio, en el tiempo y en la narrativa.

Agradecimientos

Agradezco, sobre todo, a Custódia Selma Sena do Amaral, por los direccionamientos que desencadenaron este esbozo sobre el paisaje experimentado.

Referencias citadas

ALMEIDA, M. B., 2003. O público e o patrimônio arqueológico: reflexões para a arqueologia pública no Brasil. *Revista Habitus* 2: 275-295.

AMARAL SILVA, M., 2009. Percepções no espaço-tempo brasileiro: o rancho em um lugar. *Revista de História Comparada* 5: 1-28.

BACHELARD, G., 2005. *A poética do espaço*. Martins Fontes, São Paulo.

BAGNASCO, A., 1999. *Tracce di comunità*. II Mulino, Bologna.

BENJAMIN, W., 1983. O narrador: observações sobre a obra de Nikolai Leskow. *Textos Escolhidos*. Abril Cultural, São Paulo.

BENJAMIN, W., 1984. *A origem do drama barroco alemão*. Bransiliense, São Paulo.

BESSE, J. M., 2006. *Ver a Terra: seis ensaios sobre a paisagem e a geografia*. Perspectiva, São Paulo.

BOAS, F., 2004. A formação da antropologia americana 1883-1911. En *Antologia - Franz Boas*, G. W. Stocking Jr. (Org.). Contraponto, Editora UFRJ, Rio de Janeiro.

BOURDIEU, P., 2004. *O poder simbólico*. Bertrand Brasil, Rio de Janeiro.

CASEY, E. S., 1993. *Getting back into place: toward a renewed understanding of the Place-World*. Indiana University Press, Bloomington.

CASEY, E. S., 1996. How to get from space to place in a fairly short stretch of time: phenomenological prolegomena. En *Senses of place*, S. Feld y K. H. Basso (Eds.), pp. 13-52. School of American Research Press, Santa Fe, New México.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

CASEY, E. S., 1998. *The fate of place: a philosophical history*. University of California Press, Berkeley.

CASTRO, C., O. M. G. CUNHA, 2005. Quando o campo é o arquivo. *Revista Estudos Históricos* 36: 3-5.

CAUQUELIN, A., 2007. *A invenção da paisagem*. Martins Fontes, São Paulo.

CERTEAU, M., 2009. *A invenção do cotidiano: artes de fazer*. Vozes, Rio de Janeiro.

CHATTERJEE, P., 1993. *The nation and its fragments: colonial and postcolonial histories*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey.

CLIFFORD, J., 1998. *A experiência etnográfica: antropologia e literatura no século XX*. Editora UERJ, Rio de Janeiro.

CORBIN, C., 1989. *O território do vazio: a praia e o imaginário ocidental*. Companhia das Letras, São Paulo.

CUNHA, O. M. G., 2004. Tempo imperfeito: uma etnografia do arquivo. *Mana* 10: 287-322.

Da MATTA, R., 1978. O ofício do etnólogo, ou como ter “anthropological blues”. En *A aventura sociológica: objetividade, paixão, improviso e método na pesquisa social*, E. O. Nunes (Ed.), pp. 23-35. Zahar, Rio de Janeiro.

DANSERO, E. y A. VANOLO, 2006. Per una geografia del paesaggio industriale in Italia: un'introduzione. En *Geografie dei paesaggi industriali in Italia: riflessioni e casi studio a confronto*, E. Dansero y A. Vanolo (Eds.), pp. 11-16. Angeli, Milano.

DEMATTEIS, G., F. GOVERNA, F. y I. VINCI, 2003. La territorializzazione delle politiche di sviluppo: un'applicazione del modello Slot allá Sicilia. *Archivio di Studi Urbani e Regionali*, 77: 33-74.

DERRIDA, J., 1994. The spatial arts: an interview with Jacques Derrida. En *Deconstruction and the visual arts: art, media, architecture*, P. Brunette y D. Wills (Eds.), pp. 9-32. Cambridge University Press, Cambridge.

DUNCAN, J., 1990. *The city as text: The politics of landscape interpretation in the Kandyan Kingdom*. Cambridge University Press, Cambridge.

ELIAS, N., 1994. *A sociedade dos indivíduos*. Jorge Zahar Editor, Rio de Janeiro.

EVANS-PRITCHARD, E. E., 2007 [1940]. *Os Nuer: uma descrição dos modos de subsistência e das instituições políticas de um povo nilota*. Perspectiva, São Paulo.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

- FOUCAULT, M., 1986. *Arqueologia do saber*. Forense-Universitária, Rio de Janeiro.
- FOUCAULT, M., 2008. *Vigiar e punir: nascimento da prisão*. Vozes, Petrópolis, Rio de Janeiro.
- FOUCAULT, M., 2009. *A ordem do discurso*. Loyola, São Paulo.
- GAGNEBIN, J. M., 1994. *História e narração em W. Benjamin*. Perspectiva, São Paulo.
- GEERTZ, C., 1989. *A interpretação das culturas*. LTC, Rio de Janeiro.
- GEERTZ, C., 2002. *Obras e vidas: o antropólogo como autor*. Editora UFRJ, Rio de Janeiro.
- GEERTZ, C., 2004. *O saber local: novos ensaios em antropologia interpretativa*. Vozes, Petrópolis, Rio de Janeiro.
- GIUMBELLI, E., 2002. Para além do “trabalho de campo”: reflexões supostamente malinowiskianas. *Revista Brasileira de Ciências Sociais* 48: 91-107.
- HUSSERL, E., 1999. *The crisis of european sciences and transcendental phenomenology*. Northwestern University Press, Evanston.
- JODELET, D., 2001. Representações sociais: um domínio em expansão. En *As representações sociais*, D. Jodelet (Ed.), pp. 17-44. Ed. UERJ, Rio de Janeiro.
- LÉVI-STRAUSS, C., 2005 [1955]. *Tristes Trópicos*. Companhia das Letras, São Paulo.
- LEROI-GOURHAN, A., 2002. *O gesto e a palavra 2 - memória e ritmos*. Perspectivas do homem/Edições 70, Lisboa.
- MAGNAGHI, A., 2003. La rappresebtazione identitaria del patrimonio territoriale. En *Il mondo e i luoghi: geografie delle identità e del cambiamento*, G. Dematteis y F. Ferlaino (Eds.), pp. 13-20. IRES/SGI, Torino.
- MALINOWSKI, B., 1978 [1922]. *Os Argonautas do Pacífico: um relato do empreendimento e da aventura dos nativos nos arquipélagos da Nova Guiné Melanésia*. Abril Cultural, São Paulo.
- MARCUS, G. y M. J. FICHER, 1986. *Anthropology as cultural critique*. Chicago University Press, Chicago.
- MASSEY, D., 2008. *Pelo espaço: uma nova política de espacialidade*. Bertrand Brasil, Rio de Janeiro.
- MERLEAU-PONTY, M., 1979. *Phénoménologie de la perception*. Gallimard, Paris.

TOMO II – VII CONGRESSO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

MERLEAU-PONTY, M., 1990. *O primado da percepção e suas conseqüências filosóficas*. Papyrus, Campinas, São Paulo.

MOSCOVICI, S., 2001. Das representações coletivas às representações sociais: elementos para uma história. En *As representações sociais*, D. Jodelet (Ed.), pp. 45-66. Ed. UERJ, Rio de Janeiro.

OLIVEIRA, R. C., 2006. *O trabalho do antropólogo*. Brasília: Paralelo 15, Editora UNESP, São Paulo.

PEIRANO, M. G. S., 1992. *Uma antropologia no plural: três experiências contemporâneas*. UnB, Brasília, DF.

PEIRANO, M. G. S., 1995. *A favor da etnografia*. Relume-Dumará, Rio de Janeiro.

RAFFESTIAN, C., 2003. Immagini e identità territoriali. En *Il mondo e i luoghi: geografie delle identità e del cambiamento*, G. Dematteis y F. Ferlaino (Eds.), pp. 3-11. IRES/SGI, Torino.

RAFFESTIAN, C., 2005. *Dalla nostalgia del territorio al desiderio di paesaggio: elementi per una teoria del paesaggio*. Alínea, Firenze.

RAFFESTIAN, C., 2006. L'industria: dalla realtà materiale alla "messa" in imagini. En *Geografie dei paesaggi industriali in Italia: riflessioni e casi studio a confronto*, E. Dansero y A. Vanolo (Eds.), pp. 19-36. Angeli, Milano.

RIBEIRO, R., 2007. *Paisagem Cultural e Patrimônio*. IPHAN/COPEDOC, Rio de Janeiro.

SAID, E. W., 2005. *Cultura e imperialismo*. Companhia das Letras, São Paulo.

SAID, E. W., 2007. *Orientalismo: o Oriente como invenção do Ocidente*. Companhia das Letras, São Paulo.

SAHLINS, M., 2003. *Cultura e razão prática*. Jorge Zahar, Rio de Janeiro.

SANSOT, P., 1983. *Variations paysagères*. Klincksieck, Paris.

SANTOS, M., 1988. *Metamorfoses do espaço habitado*. Hucitec, São Paulo.

SANTOS, M., 1996. *A natureza do espaço: técnica e tempo, razão e emoção*. Hucitec, São Paulo.

SAQUET, M. A., 2010. *Abordagens e concepções de território*. Expressão Popular, São Paulo.

TOMO II – VII CONGRESO CHILENO DE ANTROPOLOGÍA
ANTROPOLOGÍA EN EL BICENTENARIO. RETROSPECTIVAS, INTERESES DEL
PRESENTE, APERTURAS

SCHAMA, S., 1996. *Paisagem e memória*. Companhia das Letras, São Paulo.

SILVA, V. G., 2000. *O antropólogo e sua magia*. EdUSP, São Paulo.

SILVA, M. C., 2006. Espaço e sociedade: alguns elementos de reflexão. En *Relações sociais de espaço: homenagem a Jean Remy*, C. Balsa (Ed.). Edições Colibri; CEOS - Investigações Sociológicas, Lisboa.

SILVEIRA, F. L. A., 2009. A paisagem como fenômeno complexo, reflexões sobre um tema interdisciplinar. En *Paisagem e cultura: dinâmicas do patrimônio e da memória na atualidade*, F. L. A. Silveira y C. D. Cancela (Eds.), pp. 71-83. EdUFPA, Belém, Pará.

SIMMEL, G., 1988. *Philosophie du paysage*. Rivages, Paris.

STOCKING Jr., G. W., 2009. *Antologia - Franz Boas*. Contraponto, Editora UFRJ, Rio de Janeiro.

TUAN, Y. F., 1983. *Espaço & lugar: a perspectiva da experiência*. DIFEL, São Paulo.

TURRI, E., 2002. *La conoscenza del territorio: metodologia per un'analisi storico-geografica*. Marsilio, Venezia.